EL RAMO DE OLIVA,

COMEDIA EN TRES ACTOS,

ORIGINAL DE

D. ENRIQUE DE CISNEROS.

ESTRENADA EN EL TEATRO DEL CIRCO EN 11 DE OCTUBRE DE 1856.





Madrid:
Imprenta de la Compañia general de Impresores y Libreros del Reino,
Á CARGO DE D. A. AVRIAL.
1856.

AL SEÑOR CORONEL

D. JOSE MARIA DE CISNEROS Y LANUZA,

COMENDADOR DE LA REAL ORDEN AMERICANA DE ISABEL LA CATOLICA, CABALLERO DE LAS DE S. FERNANDO, S. HERMENEGILDO Y S. LUIS DE FRANCIA.

dedica esta obra, en testimonio de cariño y respeto,

SU HIJO,

EL AUTOR.



PERSONAJES.	ACTORES.
CARLOTA....	SEÑORAS D.ª TEODORA LAMADRID.
CARMEN.........	D.ª MERCEDES BUZON.
RAFAELA.........	D.ª JOAQUINA GARCIA.
D. PLACIDO...	SEÑORES D. JOAQUIN ARJONA.
D. MANUEL.......	D. JULIAN ROMEA.
D. FERNANDO.....	D. VICTORINO TAMAYO.
ALFONSO.........	D. MARIANO FERNANDEZ.

La escena es en una quinta de la sierra de Córdoba, en la primavera del año 185...

El teatro representará una sala con puerta en el fondo, que ha de dar á una galería con vistas al jardin. Dos puertas á la izquierda del actor, otra á la derecha, y una ventana junto al primer bastidor de este lado. Mueblaje sencillo, pero de buen gusto: á la izquierda del proscenio un confidente y un velador con recado de escribir.

Madrid 25 de abril de 1856.—Puede representarse esta comedia en tres actos, titulada EL RAMO DE OLIVA, de conformidad con lo propuesto por el censor D. Juan Bautista Alonso.=El Gobernador, CARDERO.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

RAFAELA, *limpiando los muebles con un plumero y cantando.*

A la puerta de casa
soy azucena,
en la fuente amapola,
lirio á la vuelta.
  Por mi desdicha
seré en todos lugares
rosa marchita!

ESCENA II.

DICHA, D. PLACIDO, *en trage de camino.*

PLACIDO. (*En la galería del fondo.*) No sea regañon, que es vicio detestable!
RAFAELA. (¿Otro huésped?)
PLACIDO. Menos voces y mas cebada á mi jaca, que es un noble animal, salvo que cocea.
RAFAELA. (¡Arre allá!)
PLACIDO. (*Bajando al proscenio.*) Buenos dias, muchacha. ¿Dónde está tu señora?
RAFAELA. No se ha levantado todavía.
PLACIDO. ¡Diantre, cómo duerme! ¿Y tu amo?
RAFAELA. Por esos trigos, cazando alo dras.
PLACIDO. ¡Demontre, cómo madruga!

RAFAELA. (¡Criticon es el viejo!)
PLACIDO. Con que es decir...
RAFAELA. Es decir que vuelva V. mas tarde. *(Sigue limpiando los muebles.)*
PLACIDO. Sí: eso será mejor. (*Pone el sombrero sobre el velador, toma asiento en el confidente, y empieza á quitarse los guantes.*)
RAFAELA. (¡Por vida de...! ¿Pues no se ha sentado como un patriarca?)
PLACIDO. (*Enjugándose la frente con un pañuelo.*) ¡Uf!... ¡Estoy sudando!
RAFAELA. Ya pica el sol.
PLACIDO. No hagas responsable al sol de lo que me ha hecho sudar el mozo de la cuadra. ¡Qué brusco recibimiento!... ¿Y todo por qué, vamos á ver? Porque estaba cuchicheando con una zagaleja cuando llegué al porton, y mi jaca recibió el beso que...
RAFAELA. ¡Ja! ¡ja...! *(Poniéndose seria.)* ¿Pero qué señas tiene ese mozo?
PLACIDO. Lo que yo le dije: «Para todo hay tiempo; déjate de requiebros, y tenme el estribo; manda callar á tu corazon, y lleva mi jaca al pesebre.»
RAFAELA. (*Muy impaciente.*) ¿Pero quién era ese mozo?
PLACIDO. No sé. Uno altote... Muy bruto...
RAFAELA. ¡Ah!... ¡Mi marido!
PLACIDO. (*Levantándose.*) ¡Caramba! Yo no sabia... Pero tú te equivocas, muchacha. Este era feo...
RAFAELA. Muy feo; sí, señor. ¡Mi marido! ¿Con que requebraba á una zagala?
PLACIDO. ¡No! A un zagal... Quiero decir...
RAFAELA. ¡Voy á hartarle de desvergüenzas! (*Corre hácia el fondo, y D. Plácido la detiene.*)
PLACIDO. ¡Aguarda, diablillo!... Me habré equivocado. Tu marido debe estar inocente.
RAFAELA. ¡Miren el zampabollos!...
PLACIDO. ¡Eh! Apenas atravieso estos umbrales, me envuelven en una querella matrimonial. ¡A mí, que voy predicando la paz por todo el mundo!
RAFAELA. La paz, sí, señor; nada de escándalos. Yo castigaré sin bulla á mi marido!
PLACIDO. ¡Eso es peor!
RAFAELA. ¡Le he de mortificar hasta verle mas celoso que el gran turco! ¡Ahora me alegro de que esté ahi D. Fernando! Parece que anda enamoricado; pero no importa. Yo me daré trazas...
PLACIDO. ¿A ver, á ver? ¿Quién es ese D. Fernando?
RAFAELA. Un oficial de tropa, mas guapo y mas completo!...

PLACIDO. Pero ¿qué hace aquí?

RAFAELA. ¡Toma!... ¿Qué sé yo? D. Fernando y mi amo D. Manuel siempre han sido uña y carne. Allá en Madrid visitaban juntos á mi señora doña Carlota y á su hermana la señorita Cármen. ¡Daba gozo verlos entrar en casa! Mi señora y Don Manuel pronto hicieron rancho aparte; pero D. Fernando... ¡Que si quieres! Lo mismo echaba piropos á la una, que á la otra hermana.

PLACIDO. ¿Lo mismo?

RAFAELA. Y tambien ahora.

PLACIDO. ¿Qué estás diciendo?

RAFAELA. Sí, señor: por hacer rabiar á D. Manuel. ¡Si el tal Don Fernando es la piel del diablo! Y no crea V. que me echaba en saco roto. Nada de eso. Al entrar y salir me decia tales cosas, que se me alegraban las pajarillas!

PLACIDO. No perdona ripio.

RAFAELA. Despues fué la boda de D. Manuel con la señorita Carlota; y nos vinimos todos á la sierra de Córdoba, donde los amos me han hecho emparentar con ese Alfonso de mis pecados. D. Fernando no pudo acompañarnos en nuestro viaje; pero ahora le han dado licencia para pasar una temporada con nosotros, y hará quince dias que se nos entró por las puertas.

PLACIDO. Pues no hace aquí falta maldita.

RAFAELA. ¡Al contrario! Ha venido como de molde, para dar celos á mi marido. ¡Zagalas busca el señor Alfonso! ¡Norabuena!

PLACIDO. ¿Pero, muchacha, serás capaz..?

RAFAELA. No trato mas que de asustarle. No crea V. que yo... ¡Ave María! Pero desde hoy he de mirar á D. Fernando de un modo particular. Con que le mire asi... ¿Eh?

PLACIDO. ¡Aparta, tentadora!

RAFAELA. Usted dispense; le estoy entreteniendo con simplezas, que nada le importan. Mi señor tardará en volver de la cacería, y V. no querrá perder el tiempo aguardándole.

PLACIDO. ¿Por qué no? *(Siéntase.)* Aquí me quedo hasta su vuelta.

RAFAELA. Entonces dígame V. su nombre para...

PLACIDO. No es menester. ¡Nada de ceremonias! D. Manuel y yo somos muy amigos.

RAFAELA. Corriente.

PLACIDO. (*Abriendo un libro.*) Anda á tus faenas.

RAFAELA. (*Dirigiéndose al fondo.*) Voy á disponer el almuerzo.

PLACIDO. ¡Oye! (*Baja Rafaela al proscenio.*) Un cubierto mas para mí.

RAFAELA. Está muy bien. (*Marchándose.*) (¡Ya se convidó el vejete!)

Placido. ¡Oye! (*Rafaela vuelve.*) Que vivas en paz con tu marido.

Rafaela. Allá veremos. (*Se retira.*)

Placido. ¡Cuidado!

Rafaela. (Zagalas, ¿eh..? ¡Le sacaria los ojos!)

(*Vase por la izquierda del fondo.*)

ESCENA III.

D. Placido.

Preciso es confesar que la conversacion de esta muchacha es muy instructiva. Tiene al dedillo los accidentes de la vida doméstica de mi sobrino Manuel... ¡Por cierto que me disgustan mucho los tales accidentes! Ese D. Fernando, ese militarcito me da mala espina. ¿A qué ha venido? Segun dice la criada, no se ocupa en otra cosa que echar piropos á la cuñada y á la mujer de mi sobrino. (*Deja el libro y se levanta*). ¡Sospecho que la mujer de mi sobrino no ha de ser muy de fiar! El galanteador de profesion acompaña siempre á la coqueta de raza. La soga tras el caldero. ¡Ello dirá! Si consentí en la boda de mi sobrino fué por amor á la paz; reservándome el derecho de divorciar á los reciencasados, si no aciertan á labrar su mútua ventura. Al efecto escribí á Manuel desde Andújar, anunciándole mi visita; y héme aquí ya, en el campo de operaciones. ¡Ah, Manuel mio! ¡Con cuánto placer voy á estrecharte en mis brazos! ¡Diez años sin verle...! ¡Oh! ¡En este tiempo ha adquirido una brillante reputacion! Diputado influyente y afluente... Gefe de seccion de un ministerio, con usía y con alfombra y con... ¡Qué gloria para la familia! ¡Ah! ¡Si despues de haber consagrado mi existencia á la paz y la dicha de mis semejantes, consigo dar á mi sobrino la ventura que merece, bajaré satisfecho al sepulcro! Parece que la casa no está ya en silencio. Por aquí he sentido... (*Llega á la ventana*). ¡Buen punto de vista! ¡Qué hermoso jardin...! ¡Ah! Se abre la puerta de aquel pabellon, y asoman sus lindas cabezas dos muchachas como dos soles. Estas deben ser... No hay más; estas son la mujer y la cuñada de mi Manuel. ¡Eh! ¡Ya saltaron al jardin...! ¡Digo á V. que son preciosas! ¡Ay, pobre rosal, cómo te pelan...! ¡Bueno! Aquella se há clavado una espina... ¡Con qué gracia se chupa el dedo...! (*Retírase bruscamente de la ventana*). ¡Enemigos, enemigos...! No sería malo que yo bajase al jardin para trabar conversacion con ellas sin darme á conocer. Esto conviene á mis planes. Voy allá. (*Toma el sombrero, y mira á todos lados*). ¿Por dónde

diablos se bajará al jardin? (*Se asoma á la puerta del fondo.*) ¡Ah! tal vez por aquella escalera...

(*Vase por la izquierda de la galería del fondo*).

ESCENA IV.

DON FERNANDO *seguido de* ALFONSO: *ambos vienen por la derecha del fondo, y el primero trae escopeta y utensilios de caza.*

ALFONSO. (1) ¡Eh, D. Fernando! ¡Que el amo y las señoritas aguardan á su merced en el jardin!

FERNAND. (*Con mal humor.*) Di que no puedo bajar... Que estoy muy cansado.

ALFONSO. Bueno: diré que tiene su merced una galbana que no le deja enderezar el espinazo.

FERNAND. (*Deteniéndole.*) ¡Te romperé el tuyo, si profieres semejante barbaridad! ¡Véte de aquí!

ALFONSO. Ya me largo.

FERNAND. Pon en mi cuarto la escopeta. (*Dásela, y Alfonso se la echa al hombro y se pone en marcha.*) ¡Aguarda! Toma estos frascos. (*Vuelve á retirarse Alfonso.*) ¿Qué quiere decir aguarda? (*Le entrega el cinturon y baja al proscenio sin notar que Alfonso le sigue constantemente.*) Estoy satisfecho de mi resolucion. No quiero bajar al jardin. Desde hoy hasta el dia de mi marcha, he de evitar todas las ocasiones de encontrarme con esa niña que me trastorna el juicio. (*Pasea por el proscenio, seguido siempre de Alfonso con la escopeta al hombro.*) Nada, nada; es preciso cortar por lo sano. (*Pausa.*) ¡Que baje al jardin..! Eso quisiera la Carmencita, para que yo la viese con su traje suelto... sus trenzas flojas... sus ojos adormilados... Y allí, entre las flores... Mas hermosa que todas ellas... ¡Oh, sí! ¡Mucho mas hermosa! (*Comprimiéndose.*) ¡Vamos, vamos! ¡Qué necia ponderacion! No parece sino que en mi vida he visto mujeres bellas. ¡He visto tantas! (*Con tristeza.*) ¡Tantas..! (*Animándose.*) ¡Pero ninguna poseia esa gracia, ese encanto celestial..! (*Con despecho.*) ¡Ay! ¿De qué me sirve huir de ella, si dentro del alma siempre la veo y siempre la oigo.

CARMEN. (*Dentro.*) ¡Victoria, victoria!

(*D. Fernando que está á la izquierda del proscenio, se vuelve rápidamente con las manos cruzadas.*)

---

(1) Este papel se ha de recitar figurando la pronunciacion de un campesino andaluz.

FERNAND. ¡Ah, voz divina! (*Se encuentra con Alfonso que estaba inmóvil á su espalda, presentándole la escopeta.*) ¡Bruto..! ¿Cómo no te has ido?
ALFONSO. ¿Qué quiere decir aguarda?
FERNAND. ¡Quítate de mi vista! (*Da un empellon a Alfonso, y siéntase luego en el confidente.*) ¡Yo estoy loco!
(*Vase Alfonso por la derecha del fondo.*)

ESCENA V.

CARLOTA *y* CARMEN *apoyadas en los brazos de* D. MANUEL, *entran por la derecha del fondo, trayendo ramilletes en las manos, y algunas flores prendidas en la cabeza y en el pecho.*

MANUEL. No hay que cantar victoria. Ya os he dicho que hoy no puedo salir de casa.
CARLOTA. Pues te sacaremos á remolque.
CARMEN. ¡Sí, sí! Y tambien D. Fernando.
FERNAND. (*Volviendo el rostro.*) ¡Ah!
CARLOTA. ¡Hola! Aqui le tenemos.
CARMEN. Buenos dias.
FERNAND. (*Levantándose.*) Felices, Carmencita... (¡Qué bella!).
CARLOTA. No ha querido V. pasar al jardin á saludarnos.
FERNAND. ¿Yo... señora..?
MANUEL. Has hecho bien; porque estas loquillas te hubieran trastornado el juicio. ¡Qué caprichos, y qué..! Particularmente la Carmencita.
CARMEN. No le crea V., Fernando.
FERNAND. He subido á esta habitacion, porque la cacería de esta mañana me produjo un fuerte dolor de cabeza.
CARMEN. ¡Ay Dios mio!
FERNAND. Ya se va mitigando.
MANUEL ¡Hombre, nada me dijiste!
CARMEN. ¡Y yo, que le traia á V. una flor!...
FERNAND. ¡Ah! Démela V., Carmencita.
CARMEN. (*Presentando una flor á D. Fernando.*) Tiene tanto aroma....
FERNAND. (*Arrebatándosela.*) No importa: ya me siento bien. (*Se la coloca en el ojal de la levita.*) (Está visto. ¡Soy hombre al agua!)
CARLOTA. Me alegro del alivio.
FERNAND. Gracias. Pero, Manuel, ¿no me dices cuál era el capricho de estas niñas?

MANUEL... ¡Ah, sí! Figúrate que se les ha antojado subir esta tarde al cerrillo, porque quieren.... ¡Já! ¡já!
FERNAND. Dí.
MANUEL. ¡Una niñería! Quieren.... que lo diga Carmencita.
CARMEN. ¿Tiene eso algo de particular? Queremos.... ¡que lo diga mi hermana!
CARLOTA. Pues sí, señor, deseamos.... ¡Dilo tú, Manuel!
FERNAND. ¡Ande la rueda!
MANUEL. Quieren remontar una cometa, y mecerse en un columpio.
FERNAND. ¡Famosos y elevados pensamientos!
MANUEL. ¡Locuras! Ademas les he dicho que esta tarde llegará mi tio D. Plácido, y no es cosa de dejarle solo con los criados.
CARMEN. Ocho dias hace que le estamos esperando. ¿Ha de venir precisamente hoy el buen señor?
FERNAND. Pues si Manuel se obstina en no salir de casa, quédese en buen hora. Yo me ofrezco á acompañar á VV. en su escursion.
CARMEN. ¡Ay qué bueno! (*Pasando á la izquierda de D. Fernando.*) Acepto la compañía.
MANUEL. ¿Qué es esto?
FERNAND. Un pronunciamiento.
MANUEL. ¡Emplearé en sofocarlo hasta el último cartucho. Por de pronto declaro que Carlota se queda conmigo.
CARLOTA. (*Colocándose á la derecha de D. Fernando.*) Yo no abandono á mi hermana!
CARMEN. ¡Bien, bien!
FERNAND. ¡Bravísimo!
MANUEL. ¡Ay qué perfidia! ¡Mi mujer se pasa al enemigo!
PLACIDO. (*Dentro.*) ¡Eh! ¿Por dónde se va al jardin?
CARMEN. ¡Una visita!
CARLOTA. ¡Y nosotras sin vestir!

(*Corren las dos hermanas hácia la puerta primera de la izquierda. D. Plácido se presenta en la del fondo.*)

ESCENA VI.

D. MANUEL. D. FERNANDO. CARLOTA. CARMEN. D. PLACIDO.

PLACIDO. ¡Quieto todo el mundo!
MANUEL. ¡Dios mio! ¿si será?...
PLACIDO. ¡Manuel!
MANUEL. ¡Tio! (*Se abrazan con grande alegría.*)
FERNAND. (*Á Carlota y Carmen:*) ¿El huésped que esperábamos?
CARLOTA. Sin duda.

PLACIDO. ¡Mentira me parece que te estrecho en mis brazos!
MANUEL. ¡Una ausencia de diez años!
PLACIDO. Muy aprovechados en la corte. ¡Lo que ha sonado tu nombre en los periódicos!
MANUEL. Unas veces para bien, y otras para mal.
PLACIDO. ¡Todo es sonar! Ademas, picaruelo, te has casado.. ¿A ver, ¿cuál de estas lindas jóvenes es mi sobrina?
MANUEL. (*Tomando la mano á su esposa.*) Aqui tiene V. á Carlota.
PLACIDO. Celebro tu eleccion. ¡La Carlotita es una perla!
CARLOTA. ¡Señor!...
MANUEL. (*Presentando á Cármen.*) Ya he hablado á V. en mis cartas de mi hermana política...
PLACIDO. Por cierto que no me has exagerado su hermosura, ni su modestia.
CARMEN. Usted es muy lisonjero, Sr. D. Plácido.
PLACIDO. ¡Nada de eso! Hago justicia séca. Pero, niñas; ¿quereis decirme por qué al oir mi voz emprendísteis la fuga?
CARLOTA. Como no teníamos el gusto de conocer á V., y estamos en trages de mañana...
FERNAND. En verdad que parecían palomas desbandadas al aproximarse!..
PLACIDO. ¿El milano? ¡já..! ¡já..! (¡El símil es un poco fuerte!)
(*D. Fernando hace una cortés señal de escusa, y D. Manuel se apresura á presentarlo á su tio.*)
MANUEL. Mi escelente amigo, D. Fernando Amat, capitan de caballería.
PLACIDO. Muy señor mio. (¡La cola matrimonial!)
FERNAND. Entre las muchas satisfacciones que me proporciona mi residencia en esta quinta, no es la menor la de conocer á V., y ponerme á sus órdenes.
PLACIDO. Estimando.
MANUEL. Con el refuerzo de mi tio se completa la sociedad, que yo deseaba reunir bajo estos techos. Olvidados del mundo, vamos á pasar aquí los dias mas tranquilos y felices de nuestra vida. Sois mis huéspedes, y al propio tiempo sois mis prisioneros.
CARLOTA. ¡Justamente!
MANUEL. He tomado mis medidas para que ninguno se nos escape.
FERNAND. A pesar mio tengo que quebrantar la consigna. El término de mi licencia está espirando...
MANUEL. El ministro te concederá una próroga.
FERNAND. ¿Le has escrito?
MANUEL. No fué pensamiento mio. Adivina quién me sugirió esta idea.
(*D. Fernando mira á Carlota y á Cármen. Esta baja los ojos.*)

FERNAND. (¡Ah!)
PLACIDO. (Tambien yo lo adivino. ¡Su mujer!)
MANUEL. Respecto á mi tio, nada temo. ¡Oh! ¡mi tio me pertenece en cuerpo y alma!
PLACIDO. Sin embargo, Manuel; yo necesito regresar á Andújar dentro de tres dias.
MANUEL. ¡Negado!
PLACIDO. Tú sabes que me he constituido pacificador y consejero nato de todas las familias de aquella poblacion. Reconcilio matrimonios, zanjo cuentas, templo alcaldes, aplaco suegras... En fin, intervengo en todo. Escaso fruto dan mis tareas, porque mis convecinos son tan quisquillosos, que tocan á rebato por quítame allá esas pajas. ¡Aquello es un infierno, estando yo presente! ¿Qué será, si se prolonga mi ausencia? Ademas, he sido nombrado miembro corresponsal del congreso europeo de la paz, y estoy evacuando á toda prisa un luminoso informe sobre la fuerza moral que adquiriría un gobierno mandando clavar todos sus cañones. ¡Ya veis! He tomado á mi cargo la pacificacion de todo el mundo, y la de Andújar; y tengo que posponer mis afecciones al cumplimiento de mis deberes.
FERNAND. (¡Pobre señor!)
MANUEL. Nada, tio; aquí escribirá V. su memoria, que despues de todo, no es urgente. Si al propio tiempo quiere V. asistir con sus consejos á una parte del género humano, aquí estamos nosotros dispuestos á recibirlos. Precisamente necesito yo el auxilio de V., ahora que el principio de autoridad empieza á ser menospreciado en esta casa.
PLACIDO. (*Demostrando con su asombro que no comprende la broma.*) ¿Qué me cuentas?
MANUEL. Sí, señor. Este amiguito y estas niñas se me han sublevado.
CARMEN. Manuel, ¡eres implacable!
CARLOTA. (*A su hermana.*) Déjale decir lo que quiera. No hacemos nosotras lo que se nos antoja?
MANUEL. (*A su tio.*) ¿Oye V.?
PLACIDO. (*En voz baja.*) ¡Oigo y tiemblo!
MANUEL. En adelante cuento para sofocar las rebeliones con el auxilio de mi tio. ¿No es verdad?
PLACIDO. (*Conmovido.*) Sí, Manuel, ¡yo velaré por tí!
FERNAND. (¡Qué tono..!)
MANUEL. Ahora bien: vosotras habeis resuelto marcharos esta tarde al cerrillo con Fernando, y á eso digo...
FERNAND. ¿Qué?
MANUEL. Digo que me conformo, y que allá iremos todos.
CARMEN. ¡Bien!
CARLOTA. ¡Viva!

FERNAND. ¡Así me gusta! (*Da la mano á su amigo.*)
PLACIDO. (¡No tiene pizca de carácter!)
MANUEL. Ahora á vestirnos, mientras nos preparan el almuerzo. Usted, tio, tiene allí su habitacion. (*Señala á la de la derecha.*)
PLACIDO. Ante todo voy á observar una costumbre inviolable. Te has casado; soy tu mas próximo pariente, y debo hacerte un regalo de boda.
MANUEL. ¡Válgame Dios, tio! ¿Qué necesidad habia..?
PLACIDO. No: no creas que se trata de un rico presente. Tú conoces mis escasas facultades. Solo poseo una casucha y cuatro terrones, que son tuyos; porque tú, querido Manuel, eres mi único heredero. En nuestro campo hay una vieja oliva, símbolo de la envidiable paz, que allí disfrutaban tus abuelos. De esa oliva he cortado este humilde ramo, que te ofrezco, en testimonio de los votos que hago por tu felicidad y la de tu esposa. (*Entrega á su sobrino un ramo de oliva, que lleva en el sombrero.*)
MANUEL. ¡Ah, señor! ¡qué rasgo tan digno de un corazon noble!
FERNAND. (¡El viejo tiene buen fondo!)
MANUEL. Toma, Carlota, ¡Sé tú la depositaria de nuestra paz! (*Da el ramo á su esposa.*)
CARLOTA. ¡Con mil amores! Siempre estará á nuestra vista. (*Lo coloca en un jarron.*)
PLACIDO. Tambien te doy una joya, que guardaba como oro en paño. (*Saca una miniatura.*) El retrato de mi pobre hermana...
MANUEL. (*Tomando el retrato.*) ¡De mi madre..! (*Besándolo.*) ¡Ah, madre mia!
(*A la izquierda del proscenio D. Fernando, Carlota y Cármen rodean á D. Manuel, y examinan el retrato. D. Plácido se dirige á la derecha, y se enjuga con disimulo una lágrima.*)

ESCENA VII.

DICHOS. ALFONSO *por la puerta del fondo con unas alforjas en la mano y una maleta bajo el brazo.*

ALFONSO. (*A D. Plácido.*) Señor, le quité á la jaca el aparejo, y aquí subo estos chismes. ¿Dónde quiere su merced que los ponga?
PLACIDO. En aquella habitacion. (*Puerta de la derecha.*) ¡Oye! ¿Colmaste el pesebre?

ALFONSO. Y limpio lo dejó la bestia en un periquete.
PLACIDO. (*Deteniendo á Alfonso.*) Ven acá, infeliz. Quiero pagar tus servicios dándote un consejo, que asegure tu tranquilidad doméstica. Ante todo: cómo te llamas?
ALFONSO. Alfonso, para servir á Dios.
PLACIDO. Pues dime, Alfonso, ¿quieres á tu mujer?
ALFONSO. Mas que á las niñas de mis ojos. Mi Rafaela es tan hermosa, y tan..! Mejorando lo presente.
PLACIDO. Gracias. Supuesto que la quieres, espía sus pasos.
ALFONSO. ¿Por qué?
PLACIDO. Atala corto.
ALFONSO. ¿Para qué?
PLACIDO. (Será preciso dárselo con cuchara!) Parece que tu mujer y aquel caballero...
ALFONSO. ¿El señorito D. Fernando?
PLACIDO. ¡Pues! Se miran con ojos tiernos desde que se conocieron en Madrid. El es muy atrevido, ella muy temeraria; y no tendria nada de estraño que te pusiesen en un conflicto.
ALFONSO. (*Trémulo.*) ¿Quién le ha dicho á su merced...?
PLACIDO. Rafaela me lo ha confesado.
ALFONSO. (*Soltando el equipaje de D. Plácido.*) ¡Jesus! ¡Jesus! ¡A las tres semanas de casados...!
PLACIDO. ¡Calla!. Todavía tiene remedio.
ALFONSO. Sí, señor, que lo tiene. ¡La romperé el bautismo!
PLACIDO. ¡Prudencia! ¡Ea, sosiégate, vigila á tu mujer, y llévate esas alforjas.

(*D. Plácido se separa de Alfonso, y se dirige á la izquierda del proscenio.*)

ALFONSO. (*Marchándose aturdido á la habitacion de D. Plácido.*) (¡A las tres semanas!)
PLACIDO. (¡Lo he salvado!) (*Volviendo el rostro, y notando que Alfonso se retira sin el equipaje.*) ¡Hombre de Dios!

(*Carlota, Cármen, D. Fernando y D. Manuel se vuelven tambien hácia la derecha.*)

MANUEL. ¿Qué es eso?
PLACIDO. ¿Te dejas aquí el equipaje?
ALFONSO. (*Bajando.*) ¡Ah!
FERNAND. ¡Qué pedazo de alcornoque!
ALFONSO. (*Echándose distraido una silla al hombro, y dirigiéndose al cuarto de D. Plácido.*) (¡A las tres semanas!)

(*Todos sueltan la carcajada. Alfonso tira la silla y toma la maleta y las alforjas, que D. Plácido le entrega.*)

PLACIDO. (*Aparte á Alfonso.*) ¡Más espíritu...!

(*Vase Alfonso por la puerta de la derecha.*)

ESCENA VIII.

CARLOTA, CARMEN, D. PLACIDO, D. MANUEL, D. FERNANDO. *Despues* RAFAELA.

MANUEL. Guardo sobre mi corazon esta querida imágen, y quedo reconocido á las bondades de V.

PLACIDO. ¡No hablemos de eso! Con permiso de estas señoras voy mi habitacion á quitarme el polvo del camino.

CARLOTA. V. es muy dueño... Tambien nosotras vamos á ponernos un poco menos fieras. (*Con coquetería.*)

MANUEL. Hasta despues, tio. En esta sala nos reuniremos para ir al comedor.

(*D. Plácido saluda con la mano á todos, y vase por la puerta de la derecha. D. Manuel se dirige al fondo. Carlota se va por la puerta segunda de la izquierda.*)

MANUEL. (*Llamando.*) ¿Rafaela?

CARMEN. (*A D. Fernando, que está muy pensativo.*) D. Fernando, hasta luego.

FERNAND. ¡Adios, Carmencita! Me habia distraido...

CARMEN. Como siempre. (*Vase por la puerta primera de la izquierda.*)

RAFAELA. (*Por la izquierda del fondo.*) ¿Llamaba V., señorito?

MANUEL. Danos pronto de almorzar.

RAFAELA. Al momento.

MANUEL. Avisa cuando esté todo.

(*Vase por la puerta segunda de la izquierda.*)

ESCENA IX.

D. FERNANDO. RAFAELA.

RAFAELA. (Allí está D. Fernando. Daria este dedo meñique porque me echase una sarta de requiebros, á ver si escarmienta el bellaco de mi marido!) (*Empieza á arreglar los muebles, cantando á media voz.*)

FERNAND. (No hay defensa posible. Esta mujer es mi vida! ¡Clavada está su imágen en el horizonte de mis deseos! (*Pausa.*) Pero es el caso que aun no la he declarado mi amor .. Me inspira Cármen tal respeto..! Tiemblo como un azogado en su presencia... ¡Ah, no me conozco! Yo, que en los salones de la córte sabia fingir en un cuarto de hora tres pasiones frenéticas... ¡Eh! ¡Qué absurda comparacion!)

RAFAELA. (No me ha visto. Haré mas ruido.) *(Sigue canturreando y moviendo los muebles.)*

FERNAND. (¡Fuerte cosa es que no me atreva á despegar los lábios! Tampoco he revelado mi pensamiento á Manuel, ni á Carlota... Bien lo adivinan: eso si! Pero todos callamos como difuntos.)

RAFAELA. (¡Nada..!)

FERNAND. (Hace tres dias que escribí á Cármen este billete. *(Lo saca.)* Varias veces he intentado dejarlo caer sobre su falda... ¡Parece que siempre se me queda pegado á la mano!)

RAFAELA. (Será preciso que yo...) Buenos dias, señorito Fernando. No habia visto á V.

FERNAND. Ni yo á tí. Buenos dias. (Tendré que buscar un mensajero... ¡Ah, qué idea! Si me valiese de esta muchacha...)

RAFAELA. (¡Jesus, qué hombre!)

FERNAND. (Sí, sí: es lo mejor.) Escucha, Rafaela.

RAFAELA. (Por fin..!) Mándeme V., señorito Fernando.

FERNAND. Tú, chica, aunque te has casado, seguirás...

RAFAELA. Siendo la misma. ¡Ya se ve! No vaya V. á tratarme con cumplimiento, ni... ¡Nada! Como en Madrid.

FERNAND. ¡No es eso! Digo que seguirás disfrutando la confianza de tus señoras...

RAFAELA. Ciertamente.

FERNAND. Y en particular la de la señorita Cármen, que tanto te distinguia en la corte.

RAFAELA. ¡Cómo se acuerda V. de aquellos tiempos! Tampoco á mí se me han olvidado. ¡Siempre que me veia V., me echaba unos ojazos, y me decia unas cosas tan alegres...!

FERNAND. Ya veo que no eres flaca...

RAFAELA. Pues mire V., la vida que traigo no es para hacer carnes...

FERNAND. ¡Eh! Flaca de memoria digo.

RAFAELA. ¡Ya...! Creí que V. habia reparado...

FERNAND. Déjate de simplezas. Ahora se trata de...

RAFAELA. ¡Vaya, si parece V. otro!

FERNAND. (¡Dale...!)

RAFAELA. Tan sério, tan distraido siempre... ¡Con pinzas hay que sacarle las palabras!

FERNAND. (Esta pide floreo. Transijamos). Te engañas, Rafaelita; yo siempre estoy dispuesto á proclamarte emperatriz del salero.

RAFAELA. ¡Calle V.!

FERNAND. ¡Porque tienes la cintura mas graciosa...!

RAFAELA. ¡Qué locura!

FERNAND. ¡Y el pié mas lindo...!

RAFAELA. ¡Vaya, vaya, D. Fernando! ¿Volvemos á las andadas?

FERNAND. *(En tono serio.)* No, hija mia; tranquilízate. El encar-

go, que voy á darte, te convencerá de lo contrario. Dime: ¿conserva tu señorita Cármen aquel costurero de palo de rosa que tenia en Madrid?

RAFAELA. ¡Qué malo es V.!

FERNAND. ¿Yo?

RAFAELA. ¡Qué malo...! ¡Cómo se acuerda de aquella vez que llevaba yo las manos ocupadas con el dichoso costurero, y al pasar V. junto á mí, me cogió un pellizco en este brazo!

FERNAND. ¡Quiá!

RAFAELA. ¡Sí, señor; en este brazo! En el izquierdo fué otro dia.

FERNAND. ¡Eh! ¡No digas sandeces! Te hablo del costurero, porque deseo saber si te seria fácil introducir un papel en ese mueble, sin que te viera tu ama.

RAFAELA. Si, si: busque V. ahora disculpas. Dore V. la píldora. ¡Como si yo no le conociese!

FERNAND. (¡Dale...!) Ven acá.

RAFAELA. ¡No me fio!

FERNAND. Oye, mujer: toma esta... (*Va á entregarle la carta, y Rafaela guarda atrás las manos*).

RAFAELA. ¡Digo! ¡En poco ha estado que no me coja V. las manos!

FERNAND. (¡Miren que antojo...! Y si no la abrazo, no lleva la carta. No es un sacrificio... ¡Al contrario!) ¡Ven acá, temeraria criatura! Voy á confiarte un billete... (*Echa á Rafaela un brazo por la espalda*).

RAFAELA. ¿Lo negará V. ahora?

ESCENA X.

DICHOS. ALFONSO, *por la puerta de la derecha.*

ALFONSO. ¡A las tres semanas!

FERNAND. (*Retirándose hácia la izquierda*): (¡Por vida de...!)

RAFAELA. (¡Toma zagalas!)

ALFONSO. (*Bajando furioso al proscenio*): ¡Señor D. Fernando...!

FERNAND. (*Volviéndose con los brazos cruzados*): ¿Qué hay?

ALFONSO. (*Quitándose el sombrero, y cogiendo de una mano á su mujer.*) Con permiso de V., señor D. Fernando.

(*Se encoge de hombros D. Fernando, y empieza á leer para sí la carta, vuelto de espaldas á Alfonso. Este sube con Rafaela hasta el fondo*).

ALFONSO. Señora Rafaela, decia mi padre, que esté en gloria, que cada oveja con su pareja, y la mujer honrada la pierna quebrada, y el loco por la pena es cuerdo, y al que no apren-

de con sermones se le enseña á mojicones; y abur, que en la cuadra me echan de menos.

(*Quiere marcharse y le sujeta Rafaela*).

RAFAELA. Señor Alfonso, mi madre, que Dios haya, decia que donde las dan las toman, y el que mucho abarca poco aprieta, y no la hagas y no la temas, y el que á hierro mata á hierro muere; y abur, que hago falta en la cocina.

ALFONSO. (*Al irse por la derecha del fondo.*) (¡Buen pelucon te he echado!)

RAFAELA. (*Yéndose por la izquierda del fondo.*) (¡Buena banderilla llevas!)

ESCENA XI.

D. FERNANDO. *Despues* CARLOTA.

FERNAND. La carta está bien, pero la Rafaela no ha podido estar peor. ¡Qué importuna!... ¡Sobre todo su marido! (*Al ver á Carlota, que sale por la puerta segunda de la izquierda, dobla y guarda precipitadamente la carta.*) ¡Ah!

CARLOTA. Siento distraer á V. de sus ocupaciones.

FERNAND. No, Carlotita, nada hacia.

CARLOTA. Le he visto á V. guardar un papel con tal precipitacion....

FERNAND. ¿Yo?... ¡Ah, sí!... Una apuntacion insignificante.

CARLOTA. Lo mismo que ayer. Mientras que Cármen y yo bordábamos en la galería, V. paseaba alrededor de nuestros bastidores, sin soltar de la mano otra apuntacion.... Acaso esa misma.

FERNAND. (¡Diantre!...)

CARLOTA. Tambien la guardó V. de improviso....

FERNAND. Maquinalmente.

CARLOTA. Venga V. acá, D. Fernando, y tome asiento junto á mí, que tenemos que hablar de cosas formales.

(*Siéntanse ambos.*)

FERNAND. Empiece V., Carlota.

CARLOTA. A V. tocaba empezar, amigo mio; pero en vista de que deja pasar dias y mas dias sin hacerlo, daré yo principio á nuestra plática, regañándole por la conducta que observa con Manuel y conmigo.

FERNAND. ¡Señora!...

CARLOTA. Sí. ¿Tanto desmerecemos ya para V., que nos juzga indignos de su confianza?

FERNAND. Crea V.... Carlota.... que yo no guardo secreto alguno.

CARLOTA. Lealtad, señor D. Fernando. Si V. deja de usarla no podremos continuar.

FERNAND. ¡Yo ofrezco á V!....

CARLOTA. Quien le ha visto en Madrid tan dado á las fiestas cortesanas, tan alegre y aturdido; quien le ha visto llegar á esta quinta con el buen humor de costumbre, alborotado como siempre; y le ve ahora triste y pensativo, respondiendo á nuestras bromas con forzada sonrisa, buscando por esas cañadas el hospedaje de la soledad.... Quien observa esta mudanza, ¿qué debe presumir? ¡Diga V!

FERNAND. No lo puedo negar, Carlota.... ¡Un afecto irresistible se ha apoderado de mi alma! Sé que V. y mi amigo lo han adivinado.... Yo no queria decirles nada, porque intentaba dominar mi pasion y huir de estos lugares.

CARLOTA. ¡D. Fernando!...

FERNAND. ¡Fué un loco pensamiento! ¡Ya estoy vencido, subyugado!

CARLOTA. (*Con alegría.*) ¡Ah!

FERNAND. Espero que esta confianza me vuelva á la gracia de mis amigos.

CARLOTA. Todavía no. ¿Qué obstáculo impide á V. pronunciar el nombre de la persona que le ha inspirado tan dulce afecto?

FERNAND. Pues bien: Cármen....

CARLOTA. (*Tomándole una mano*): Asi le quiero á V., Fernando!

FERNAND. Cármen es la mujer que adoro. ¡Ah! ¡Siento un gozo infinito al declararlo! ¡V., Carlota, me alivia de un peso que tenia sobre mi corazon! Este repentino amor le habrá causado á V. sorpresa... Mayor fue la mia al sentir que me abrasaba el alma! En Madrid he tratado á Cármen por espacio de algunos meses, sin que sus atractivos me inspirasen mas que una dulce simpatía. ¡Oh! en Madrid ahogaba yo todos mis afectos en el proceloso mar de mi vida. En el campo, á medida que he visto ensancharse los horizontes, ha disfrutado mi alma un apacible recogimiento. Aqui todo me lleva á la meditacion. ¡Todo me convida á amar! Tambien es cierto que no era Cármen en la córte sino una pálida flor arrancada de su tallo y marchita. Aquí es la rosa silvestre que vive entre los halagos del aire, del sol y del rocío! Al mismo tiempo el espectáculo de dos jóvenes esposos, que han hecho de esta sierra el paraiso de su amor, me ha causado una sensacion profunda. La felicidad es contagiosa, como la desdicha; y yo, Carlota, he sucumbido á este venturoso contagio.

CARLOTA. Siempre le tuve á V. por hombre de corazon, y ahora veo confirmado mi juicio. ¡Cuánto siento que no le haya oido mi hermana!

FERNAND. ¡Todavía he de pasar por esa terrible prueba!

ESCENA XII.

Dichos. D. Placido, *por la puerta de la derecha.*

Placido. (*Deteniéndose al ver á D. Fernando y Carlota.*) (¡Juntitos! ¿Eh..?)
Carlota. ¿Pero qué teme V.?
Fernand. Temo que mi amor no encuentre correspondencia.
Placido. (¡Qué oigo!)
Carlota. ¡Desconfiado! La que inspiró á Manuel la idea de pedir al ministro una próroga para V., ¿á qué sentimiento habrá obedecido?
Placido. (¡Me lo figuré!)
Fernand. Tiene V. razon. Sin embargo, yo no sabia cómo esplicarme, y he trazado algunas líneas en este papel, que V. ha sorprendido en mis manos. (*Saca el billete.*)
Placido. (¿Un papel..? ¡Decimitas tenemos!)
Carlota. Démele V., que ha de servirnos para introduccion de la escena, que preparo.
Fernand. ¡Cuántas bondades! Carlota, V. es mi ángel tutelar.
Placido. (¡Yo no puedo consentir..!) (*Tose.*)
Carlota. Alguien se acerca. (*Guarda el billete.*)
Fernand. (*Levantándose y ofreciendo á D. Placido su sitio.*) Siéntese V. aquí, señor D. Plácido.
Placido. Gracias.
Carlota. ¿Estaba á gusto de V. el cuarto?
Placido. Sí.
Carlota. Me agrada que se haya puesto V. mas fresco.
Placido. (¡No tienes tú mala frescura!)
Carlota. Pronto iremos al comedor. Faltan Manuel y Cármen.

ESCENA XIII.

Dichos. Carmen, *por la puerta primera de la izquierda.*

Carmen. Te equivocas, hermana. Solo falta Manuel.
Placido. Quizás esté muy tranquilo en el jardin.
Carmen. (*Corriendo á la ventana de la derecha.*) Veamos. (*Mira hácia afuera.*) No, pues no le diviso. (*A D. Fernando, que ha dado algunos pasos hácia la ventana.*) ¿Le ve usted?
Fernand. Estoy deslumbrado.
(*Cármen se sourie y baja los ojos.*)

PLACIDO. (Voy á remachar el clavo de mis sospechas.) *(Se acerca á D. Fernando, y le habla al oido mirando á Carlota.)* ¡Qué hermosa es!

FERNAND. *(Sin dejar de mirar á Cármen.)* ¡Divina!

PLACIDO. (¡No he visto mayor descaro!)

CARLOTA. *(Levantándose.)* Iremos acercándonos á la mesa. Me parece lo mas acertado. ¿Cármen? ¿Señores?

(D. Fernando, Carlota y Cármen pasan á la galería del fondo. D. Plácido permanece meditabundo en el proscenio.)

PLACIDO. (La enfermedad está en su período álgido. No importa. Me encargo del paciente.) ¿Señor D. Fernando?

(Vuelve D. Fernando, y le coge de la mano D. Plácido trayéndole al proscenio.)

FERNANDO. Mándeme V.

PLACIDO. *(Con mucho misterio.)* Sé lo que pasa.

FERNAND. ¿Y qué pasa?

PLACIDO. Que ama V. á Cár...

FERNAND. ¡Chis! ¡Todavía no conviene...! *(Mira con recelo á su alrededor.)*

PLACIDO. (¡Lo confiesa!) Espero, señor D. Fernando, que esto tenga un término...

FERNAND. Sí, señor; pronto lograré mis deseos... Pronto será mia para siempre! Cuento con la discrecion de V. *(Estrecha una mano á D. Plácido, y se encamina á la galería. Vanse Carlota, Carmen y D. Fernando por la izquierda del fondo.)*

ESCENA XIV.

D. PLACIDO. *Despues* D. MANUEL.

PLACIDO. ¡Suya...! ¡Suya para siempre...! ¿Qué intentará este hombre? ¿Robarla...? ¡Un capitan...! ¡Eso no lo ejecuta hoy sino un cadete! ¿Dar muerte á...? ¡Qué horror! ¡No lo creo, no lo imagino siquiera! *(Pausa.)* ¿Y quién sabe...? ¡No sería el primero...! Estaré á la mira. Todo celo es poco tratándose del honor y la vida de un sobrino. ¡Ay, si yo no hubiera venido á esta casa...! *(Pausa.)* Y dado que la pasion arrastre á D. Fernando á cometer un crímen de esta especie, ¿qué instrumento habrá escogido para consumarlo? *(Medita.)*

MANUEL. *(Presentándose en la puerta segunda de la izquierda.)* ¿Hola, me aguardaba V?

PLACIDO. Un veneno...

MANUEL. ¿Cómo?

Placido. Un dogal...

Manuel. (¿Qué dice? ¡Ah! estará meditando su informe para el congreso de la paz.)

Placido. Tal vez un áspid...

Manuel. *(Cogiendo á su tio del brazo.)* ¿Qué áspid, ni qué ocho cuartos...!

Placido. ¡Sobrino de mi corazon!

Manuel. *(Tirando de D. Plácido.)* Para todo hay tiempo. Ahora, tio, vamos á almorzar.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

D. Manuel *y* D. Placido, *sentados en el confidente. El primero estará fumando.*

Manuel. Pero á dónde va usted á parar con tantos circunloquios?

Placido. Voy á combatir el sistema de vida que has adoptado. Un jóven de tus prendas no ha debido abandonar los escaños del Congreso, ni la chimenea de la secretaría, para sepultarse en estos vericuetos, sin otro fin que el de pasar las horas muertas contemplando á su mujer.

Manuel. ¡Tio...!

Placido. Muy bueno y muy santo que la quieras, que la mimes, que la... Pero, señor; las cosas en su punto. Tú no sabes el daño que te ocasionas viviendo solo para tu mujer, y cifrando en ella todas tus esperanzas. Figúrate que... Porque nadie está libre de un tabardillo. Figúrate que Carlota se muriera.

Manuel. ¡Moriria yo tambien!

Placido. ¿Lo estás viendo? Sin querer me das la razon. Apuesto á que en Madrid tu sentimiento no pasaria del novenario. ¡claro está! Como que allí harias una vida de príncipe.

Manuel. Detesto esa vida que V. pone por las nubes: la detesto con todo mi corazon! No lo puedo remediar.

Placido. ¡Pues es menester que lo remedies! Tu felicidad depende de esta resolucion. Cree lo que te digo; y mira que vale mas creerlo que averiguarlo. Despacha á tu amigote para su regimiento, embanasta en la diligencia á tu familia, y á Madrid en cuatro tumbos! Hazlo así, Manolito, que no te pesará.

Manuel. (*Levantándose.*) ¡Imposible, tio!

Placido. (*Levantándose tambien.*) ¿Por qué? ¡Veamos!

Manuel. Se lo diré á V. en pocas palabras. Hace nueve años que me engolfé en la política con el alma henchida de ilusiones. Aliento me dió el honor, armas la justicia, bandera el amor patrio; y juzgándome invencible, pugné por abrirme paso entre las viles facciones, que se disputan los restos de España. ¡Vanos propósitos! ¡Improba tarea! No quiero referir mis desastres, ¡cuéntelos V. y mídalos por las desventuras del pais! Muerta mi fé política, volví la espalda al teatro de los partidos, y busqué otra sociedad mas análoga á mis sentimientos. Entonces Fernando, amigo mio de la infancia, me relacionó con un militar anciano, que tenia dos hijas bellas y candorosas. Retiradas del mundo, cuidaban solo de prolongar la existencia de su padre, y este premiaba con bendiciones la piedad de aquellos ángeles. Confieso á V. que, despues de haber presenciado tantas escenas de ódio, ante el cuadro de aquella amorosa familia resucitó en mi pecho la esperanza! Murió al cabo el pobre viejo, y tendí mis brazos á las huérfanas, que se refugiaron en ellos, dándome Cármen el nombre de segundo padre, y Carlota el de esposo. Me apresuré á sacar de la Corte mi tesoro, escondiéndolo en esta frondosa sierra, donde radican todos los bienes que heredé de mi madre. Cada dia estoy mas satisfecho de mi resolucion; y creería ofender á la Providencia buscando en otro parage la felicidad, que solo aquí poseo. No se canse V. en despertar la ambicion del hombre político, porque ya no soy mas que un honrado labrador. Dí un adios eterno á las intrigas cortesanas. Ahora cultivo la tierra, acopio sus frutos. ¡Amo y soy amado! ¿Qué mayor gloria?

Placido. No te replico. El tiempo, que es maestro de verdades, destruirá la obcecacion. Veremos en qué para ese amor tan fino.

Manuel. ¡El mio es indestructible!

Placido. ¿Y si llega á faltarte el de Carlota?

Manuel. ¿Si llega á faltarme..? ¡Oh..! Toque V. mis manos. Me ha helado la sangre esa suposicion, esa quimera. ¡No! ¡Carlota me amará toda su vida! Hablemos de otra cosa.

Placido. Siento haberte dado un mal rato: no era esa mi intencion.

Manuel. Así lo creo. En el cariño que V. me profesa encuentro el orígen de sus absurdos temores. Doblemos la hoja.

Placido. Yá está doblada.

Manuel. Voy á examinar el plantio de la huerta, y á distribuir unos cigarros entre mis jornaleros. Me acompaña V.?

Placido. No: hace mucho calor.

Manuel. Pronto estaré de vuelta.

Placido. Adios, Manuel.

Manuel. Adios, tio. (*Vase por la derecha del fondo.*)

ESCENA II.

D. Placido.

¡Anda bendito de Dios!... ¡Cabeza mas dura que la de este muchacho!... ¡Por mas que le golpeo no dá lumbre! «Vete de aqui, despide á D. Fernando, desconfia del cariño de tu mujer....» ¡Nada! ¡Como si se lo dijera á un poste! Y me iba poniendo un gestillo de vinagre.... Señor, si no pueden hacerse obras de caridad! (*Pausa.*) Otro, en mi caso, se encogeria de hombros. Tú te metiste fraile mosten... ¡Eh! ¡Yo no puedo hacer la vista gorda! Se trata de la felicidad de mi sobrino, y debo permanecer firme en la brecha. ¡Su felicidad...! ¿Y su vida? ¿Pues qué, olvido las palabras de aquel tigre? «Pronto será mia para siempre.» ¡Qué horror!... Nada, es preciso que Manuel lo sepa. ¿Pero cómo decírselo! Él no comprende mis indirectas, y yo no me atrevo á esplicarme con claridad porque veo que idolatra en su mujer, y si le cuento el caso me estrangula! Es fuerte apuro.... ¡Ah, qué idea! Le daré la voz de alerta por medio de una carta anónima. ¡Sí, sí! No me queda otro recurso. De este modo germinará en su corazon una saludable sospecha. ¡Manos á la obra! (*Se sienta junto al velador y escribe.*) «Caballero...» Estilo y letra de anónimo. «Tiene V. en su casa un amigo infiel, y una esposa.... débil.» Callaré los nombres. «Aténgase V. al aviso que le da....» Ahora al pie de la carta. «Un filántropo.» (*Empieza á doblar el papel.*) ¡Perfectamente! ¡Ah, caramba, que se me ha olvidado anunciarle que está espuesto á morir envenenado. (*Abriendo la carta reposadamente.*) Bien que todavia se lo puedo decir en postdata. ¡Pero no! El conato de envenenamiento no resulta tan probado como el de infidelidad, y mi conciencia me prohibe acusar al prójimo por simples conjeturas. «Señor D....» *Rotula la carta cerrada.* ¡Asi!

ESCENA III.

Alfonso *por la derecha del fondo, trayendo un paquete de cartas atado con un cordelillo.*
D. Placido.

Alfonso. Alabado sea Dios.
Placido. (*Guardando el anónimo.*) Por siempre. ¡Hola! Eres tú, Alfonso?

ALFONSO. (*Suspirando.*) ¡Ah!
PLACIDO. (Otro de mis protegidos.) ¿Qué traes?
ALFONSO. Me dijo el amo que fuese en un trote á Córdoba.
PLACIDO. ¿Para qué?
ALFONSO. ¡Toma! Para que su apoderado me diese las cartas endilgadas á esta casa. ¡Si voy dos veces á la semana!
PLACIDO. Bien, hombre, no lo sabia.
ALFONSO. Alguna vendrá tambien para D. Fernando. ¡Mal rayo le....!
PLACIDO. ¡Cordura, Alfonso..! ¿Has visto algo?
ALFONSO. ¡Mucho!
PLACIDO. Cuenta.
ALFONSO. ¡Aquí mismo he cogido á mi mujer retozando con ese.... D. Bribon!
PLACIDO. (¡Cuántas infamias!) Supongo que habrás tomado grandes medidas...
ALFONSO. ¡Sí, señor; muy grandes! Desde aquí á Córdoba se lo he ido contando á todo bicho viviente.
PLACIDO. ¡Hombre de Dios!
ALFONSO. ¡Ya se sabe el caso en diez leguas á la redonda!
PLACIDO. ¡Buena la has hecho! Afortunadamente ha caido ese mozo por mi banda, y todo se arreglará. ¡No tienes entendimiento!
ALFONSO. Qué he de tener, si desde que su merced me dió el jicarazo, estoy echando el alma por la boca! (*Tira el paquete sobre el velador.*) Por fin, ahí quedan los papeles.
PLACIDO. (*Sacando con disimulo el anónimo.*) (¡Ah! ¡Soberbia ocasion..!) Retírate. Procura consultar esas cosas con la almohada.
ALFONSO. ¿Con la almohada?
PLACIDO. Sí.
ALFONSO. Pues voy á tumbarme en el pajar.
PLACIDO. Anda con Dios.

(*Váse Alfonso por la derecha del fondo.*)

ESCENA IV.

D. PLACIDO.

No hay que perder un momento. (*Toma y examina el paquete sin desatarlo.*) Aquí veo cartas qus no han pasado por el buzon del correo. Allá va la mia. (*Introduce la que ha escrito en el centro del paquete, y lo deja sobre el velador.*) Ahora me retiro para evitar sospechas. (*Se dirige al fondo y mira con recelo á la galería.*) Nadie me ha visto. (*Vuelve*

á la derecha.) ¡Que sea necesario valerse de estas precauciones para ejecutar una buena accion! ¡Pícaro mundo!
(*Vase por la puerta de la derecha.*)

ESCENA V.

CARLOTA *y* CARMEN, *por la puerta primera de la izquierda. Trae Cármen en la mano el billete que Don Fernando dió á su hermana.*

CARMEN. ¿Eso te dijo?
CARLOTA. Sí, hermana mia: quisiera que le hubieses oido. Bien que las espresiones de ese papel no te dejarán la menor duda.
CARMEN. Seguramente. ¡Oh! ¡Creo en su amor, porque de otra manera no podria ser dichosa!
CARLOTA. Lo serás en breve.! Nuestro padre bendecirá desde el cielo tu enlace, como bendijo el mio!
CARMEN. ¡Estoy loca de alegría! Temo que Fernando lo adivine.
CARLOTA. ¿Y qué te importa?
CARMEN. Pero, ¿dónde está? ¿Sabes, hermana, que su timidez me maravilla? ¡Siempre tuvo fama de osado y emprendedor, pero aquí... Ya lo ves! No pronuncia una palabra, se declara por escrito y huye luego.
CARLOTA. La timidez en el hombre osado es síntoma infalible de amor.
CARMEN. Siendo así, pase.
CARLOTA. Fernando habrá ido, segun costumbre, á la fuente del valle; pero no tardará en volver.
CARMEN. ¿Quieres que vaya Alfonso á decirle que le estamos esperando?
CARLOTA. Alfonso marchó á Córdoba por órden de su amo...
CARMEN. ¡Qué contratiempo!
CARLOTA. Pero en vista de tu impaciencia...
CARMEN. ¿Yo..? No lo creas.
CARLOTA. (*Sonriéndose.*) En atencion á tu desasosiego, haré que otra persona llame á Fernando. Voy á dar este encargo á Rafaela.
CARMEN. (*Estrechando una mano á Carlota.*) ¡Qué buena eres!
CARLOTA. Ya te entiendo, niña. (*Vase por la puerta segunda de la izquierda*).

ESCENA VI.

CARMEN.

Me acusa de impaciente. ¡No sabe que este amor cuenta tres años de vida, tres años de resignacion...! ¡Ah, pero el gozo de este dia compensa mis largos sinsabores! ¡Fernando ha puesto en mí su cariño y su esperanza...! Parece un sueño. (*Mira con pasion el billete*). ¡No, que este papel confirma mi ventura! Aquí le guardo. *(Oculta el billete en el seno)*. ¡Junto á mi corazon! Desde esa ventana veré llegar á Fernando, y en mis ojos leerá la respuesta que doy á su billete. (*Se asoma á la ventana.*) ¿Quién sube por aquella escalera? ¡Toma! ¡Alfonso, que ya está de vuelta! *(Llama.)* ¡Eh, Alfonso! ¡Ven aquí! (*Se separa de la ventana*). ¡Queria mi hermana enviar á la pobre Rafaela... ¡No, no! Ese mostrenco irá mas aprisa. Ni está bien que una muchacha salga por esos andurriales en busca de un caballero... ¡No, señor! Me alegro en el alma de haber visto á Alfonso. ¡Pero no sube? (*Vuelve á asomarse á la ventana.*)

ESCENA VII.

ALFONSO, *por la derecha del fondo*. CARMEN.

ALFONSO. Aquí me tiene su merced.

CARMEN. ¡Ah! Corre, Alfonso; toma la senda de la fuente del valle: encontrarás á D. Fernando, y le dirás que vuelva aquí al momento.

ALFONSO. ¿A quién?

CARMEN. ¿No te lo he dicho? A D. Fernando.

ALFONSO. Señorita Cármen... No voy!

CARMEN. ¿Te niegas á obedecerme?

ALFONSO. No hay tal cosa. ¡Mándeme su merced tirar de una carreta y me dejaré uncir como un simple buey! ¡Con D. Fernando... ni á la gloria!

CARMEN. ¿Pues que te ha hecho?

ALFONSO. ¿A mí? Nada.

CARMEN. ¿Entonces..?

ALFONSO. A Rafaela...

CARMEN. ¿A tu mujer?

ALFONSO. Señorita Cármen, el maldecido de D. Fernando corteja á mi mujer!

CARMEN. ¡Alfonso!
ALFONSO. Y no es eso lo peor.
CARMEN. ¡Mira lo que dices..!
ALFONSO. Lo peor es que mi mujer se deja cortejar.
CARMEN. ¡Calla!
ALFONSO. Y abrazar por añadidura.
CARMEN. *(Apoyándose en el velador.)* ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡Qué perfidia..! ¡Pero no es posible! ¡Has mentido! ¡Como villano has mentido!
ALFONSO. ¡Ojalá!
CARMEN. ¿Quién te ha dado esas noticias? Responde.
ALFONSO. La primera el señor D. Plácido. ¡Dios se lo pague!
CARMEN. ¿Y las demás?
ALFONSO. Las demás... ¡mis ojos!
CARMEN. ¿Tú has visto..?
ALFONSO. Aquí mismo. Hoy por la mañana.
CARMEN. ¡Basta! (*Se deja caer en el sofá.*) (¡Hoy..! ¡Mi dia feliz..! ¡Ah, cruel!) (*Cúbrese el rostro con el pañuelo.*)
ALFONSO. Señorita, veo que su merced toma á pechos mi desgracia. ¡Qué diantre! Yo no merezco tanto.
CARMEN. ¡Ay!
ALFONSO. ¡Estimando, estimando! Me pesa haber sido desobediente, pero me arrepiento; y voy por D. Fernando á la fuente del valle. *(Da media vuelta y se dirige al fondo. Cármen se levanta, le coge de un brazo y le trae al proscenio.)*
CARMEN. ¡Ah..! ¿Qué vas á hacer? ¡Detente!
ALFONSO. Aunque me cueste un berrenchin, traeré á D. Fernando.
CARMEN. ¡Te lo prohibo!
ALFONSO. ¡Nada, nada..! ¡Su merced me lo ha mandado..!
CARMEN. No he mandado tal cosa. ¿Entiendes?
ALFONSO. ¡Señorita..!
CARMEN. Ese caballero vendrá cuando le acomode. Anda á tu trabajo.

(Saluda Alfonso muy asombrado y se retira.)

ALFONSO. (¿Qué será esto..? Voy á consultarlo tambien con la almohada.) (*Vase por la derecha del fondo.*)

ESCENA VIII.

CARMEN.

¡Ay..! ¡No puedo respirar..! ¡Qué golpe tan terrible..! ¿Pero habrá en el mundo hombre mas perverso? ¿Quién ha

solicitado su cariño? ¿Quién le ha pedido esta infame declaracion? (*Saca el billete.*) ¿No vivia yo resignada con mi suerte..? ¡Oh! ¡Sin duda D. Fernando se aburre en esta quinta, y por pasatiempo turba la paz de un matrimonio! ¡Tambien se ha acordado de mí, ha fingido que me ama, y ha desgarrado mi corazon... por pasatiempo! ¡Ah, necia! ¡Yo, que iba á dar contestacion á su billete desde esa ventana..! ¿Y por qué no he de hacerlo? (*Rompe la carta en dos pedazos y los tira por la ventana, cayendo uno fuera y otro dentro de la habitacion.*) ¡Allá va mi respuesta! (*Llorando.*) ¡Allá van mis esperanzas! ¡Ah! Siento ruido... No quiero que me vean llorar! (*Se dirige á su habitacion.*) Creí que solo estaba condenada á padecer tres años... Sí, tres años... ¡Toda la vida! (*Vase por la puerta primera de la izquierda.*)

ESCENA IX.

D. Manuel, *por la derecha del fondo. Poco despues* Carlota *por la izquierda.*

Manuel. ¡Hola! ¿No hay nadie por aquí? Rafaela me ha dicho que su marido llegó de Córdoba hace un rato. ¿Dónde diablos habrá metido el correo?

Carlota. (*Entrando.*) Me ha parecido oir la voz de Manuel.... ¡Sí, aqui está!

Manuel. (*Tomando la mano de su mujer y bajando al proscenio.*) ¡Carlota!

Carlota. ¡Tú vienes del campo!

Manuel. ¿Vas á reñirme?

Carlota. ¡Sí señor! Te he suplicado mil veces que á las horas de calor no salgas. ¿Quieres darnos un pesar?

Manuel. No seas aprehensiva! Corre un vientecillo delicioso.

Carlota. ¡Delicioso!.... Mira, mira cómo vienes. ¡Sudando á chorros!

(*Carlota enjuga á Manuel la frente y el cuello.*)

Manuel. Dime, ¿has visto á Alfonso?

Carlota. Marchó á Córdoba.

Manuel. ¿No tienes noticias mas frescas?

Carlota. ¿Ha vuelto?

Manuel. Sí, pero no sé dónde se ha sepultado con las cartas....

(*Carlota se dirige al velador, coge el paquete de cartas y lo entrega á su marido.*)

Carlota. Aquí las veo: toma.

Manuel. (*Desatando el paquete.*) No hay duda. Estas son. (*Sién-

tase en una silla y empieza á registrar el correo. Carlota toma asiento en el confidente.) Para Fernando un oficio de la comandancia general.

CARLOTA. (*Con alegria.*) ¿Será la prórroga de su licencia?

MANUEL. Tal vez. ¿Dónde está Fernando?

CARLOTA. Creo que ha ido á la fuente del valle.

MANUEL. ¡Ya! Con su vaso de suela y su frascote. ¡Le ha dado por ahí!

CARLOTA. Dame esa órden, que yo sé quién ha de entregársela.

MANUEL. (*Sonriéndose*). ¡Ah! tienes razon. (*Pone el oficio en manos de Carlota.*) Aquí veo una carta para mi tio D. Plácido.

CARLOTA. Estará en su aposento.

MANUEL. (*Llamando.*) ¿Tio?

CARLOTA. No es fácil que te oiga.

MANUEL. (*Levantándose y llegando á la puerta de la derecha.*) ¿Tio?

ESCENA X.

Dichos. D. PLACIDO, *por la puerta de la derecha.*

PLACIDO. ¿Me llamas tú, Manuel?

MANUEL. Sí señor. ¡Parece que trae V. los ojos cargados!

PLACIDO. No lo estrañes: dormia la canóniga.

CARLOTA. ¡Oh! ¡cuánto siento que mi marido...!

PLACIDO. (*Acercándose á Carlota.*) No te pese, sobrinita. Aqui estoy mejor. (*Siéntase en el confidente.*)

MANUEL. Yo ignoraba que tuviese V. esa costumbre. Asi es que apenas vi estas cartas....

PLACIDO. ¡Hola! ¿Has recibido el correo? ¿Qué noticias trae?

MANUEL. No he abierto aun mi correspondencia.

PLACIDO. ¡Ya!

MANUEL. Pero he hallado una carta para V....

PLACIDO. Sí, encargué á tu agente que diese á las mias la misma direccion que á las tuyas.

MANUEL. (*Poniendo una carta en manos de su tio.*) Aqui está. Ahora, si V. me lo permite, voy á examinar en mi despacho estos papeles y unas cuentas endiabladas....

PLACIDO. ¡A tus negocios!

MANUEL. Volveré en seguida. (*A Carlota.*) Creo que te di para Fernando....

CARLOTA. Sí, hombre. ¿No te acuerdas?

MANUEL. Bien, bien.

PLACIDO. (Siempre Fernando!....)

(*Vase D. Manuel por la puerta segunda de la izquierda, llevándose las cartas.*)

*

ESCENA XI.

D. Placido, Carlota.

Carlota. Lea V. sin reparo.
Placido. ¡Pche! El sello es de Andújar, la letra de mi vecino D. Roque. Yá sé su contenido. *(Deja la carta sobre el velador.)*
Carlota. ¿De veras?
Placido. ¿Qué puede escribirme el bueno de D. Roque sino lamentaciones por mi ausencia? Conozco muy bien á Andújar. Las pasiones, que yo tenía encadenadas, habrán recobrado su imperio, y á estas horas la poblacion estará convertida en un campo de Agramante.
Carlota. ¡Tal estremo no es creible! De todos modos bueno será que V. se informe...
Placido. ¡Tengo penas de sobra! Tú, que dudas, lée; pero que yo no te oiga. *(Ofrece la carta á Carlota.)*
Carlota. ¡No, señor D. Plácido!
Placido. *(Rompiendo el sobre, y dándole la carta:)* Nada! ¡ sí quiero que te convenzas.. !
Carlota. Siendo gusto de V... *(Toma la carta y lée para sí.)*
Placido. ¿Sabré yo lo que me digo?
Carlota. Pues la carta no puede ser mas breve, ni mas satisfactoria.
Placido. ¿Cómo?
Carlota. *(Leyendo.)* «Amigo D. Plácido, desde que V. falta de «aquí, se han transigido bastantes pleitos, y se han recon- «ciliado muchos matrimonios. Todos nos entendemos, y vi- «vimos en una paz octaviana. — Su afectísimo, *Roque* «*Terron.*»

(Carlota y D. Plácido se miran fijamente.)

Placido. ¡Lo que es haber sembrado buena semilla! *(Se levanta.)* ¡Gracias á Dios que recojo el fruto!
Carlota. *(Con malicia.)* (¡No me pondré yo en tus manos!)
Placido. Mas vale así. *(Se dirige maquinalmente á la derecha del proscenio.)* Quedo tranquilo por ese lado; y me consagraré á VV. en cuerpo y alma. *(Repara en el pedazo de la carta, que tiró Cármen.)* ¿Qué papel es este? *(Lo coge.)*
Carlota. *(Levantándose y dirigiéndose á dónde está D. Plácido.)* ¿A ver?
Placido. *(Leyendo rápidamente:)* («Fernando...»)
Carlota. *(Reconociendo el escrito, y arrebatándoselo á D. Plácido.)* ¡Ah..!

PLACIDO. Permíteme, sobrina...
CARLOTA. (¡Rota en pedazos la carta de Fernando..! ¿Qué habrá sucedido..)?
PLACIDO. Te ruego que me permitas...
CARLOTA. Es un papel insignificante... Una receta. (*Saludando para irse.*) Con licencia de V... (¡Corro en busca de Cármen!)

ESCENA XII.

D. PLACIDO.

PLACIDO. (*Queda aturdido por algunos momentos, y despues se lleva las manos á la cabeza.*) ¡Señor..! ¡Señor..! ¡Una carta de su amante..! ¡Y dice que es una receta! ¡Ay, sobrino! ¡Dios te la depare buena!
MANUEL. (*Dentro.*) ¿Alfonso?
PLACIDO. ¡Oh! ¡Se me figura que Manuel ha leido el anónimo! ¡Respiro..! ¡No podia ser en mejor ocasion! Me quitaré de enmedio, porque ahora ese chico vendrá manoteando..! (*Váse por la puerta de la derecha.*)

ESCENA XIII.

D. MANUEL, *por la puerta segunda de la izquierda. Trae abierta la carta de su tio.*

¡Torpe calumnia..! Yo descubriré la mano cobarde que ha trazado estas líneas! (*Se acerca á la galería del fondo y llama.*) ¿Alfonso? (*Baja al proscenio.*) El papel ha venido de Córdoba... ¡Indudablemente! (*Asómase á la ventana y llama otra vez.*) ¿Alfonso? (*Pasea agitado.*) ¡De Córdoba..! Mas ¿no pudiera haber sido fraguado en esta casa? ¡Bah! ¿Por quién? Solo mi tio... (*Párase.*) Mi tio... Los consejos que me daba hace poco rato... ¡Imposible! ¡Tan honrado, tan noble..! ¡Ese ramo de oliva me echa en cara mi absurda sospecha! ¡No! ¡No reside aquí el culpable! Habian de socavar esta dichosa vida los mismos que la disfrutan? El papel ha venido de Córdoba.

ESCENA XIV.

ALFONSO, *por la derecha del fondo.* D. MANUEL.

ALFONSO. Aquí estoy, mi amo.
MANUEL. Ven acá. Dime, ¿quién te entregó las cartas?
ALFONSO. El de siempre.
MANUEL. ¡Mejor dicho!
ALFONSO. El apoderado de su merced.
MANUEL. ¿No tiene nombre?
ALFONSO. Sí, señor: le dicen D. Tomás.
MANUEL. ¿Quién tenia guardados mis papeles?
ALFONSO. D. Tomás.
MANUEL. ¿Quién los ató con el cordelillo?
ALFONSO. D. Tomás.
MANUEL. ¿Tocó á las cartas alguna persona?
ALFONSO. Sí, señor.
MANUEL. ¿Quién?
ALFONSO. D. Tomás.
MANUEL. ¡Vete al infierno con tu taravilla!
ALFONSO. He dicho la verdad pura.
MANUEL. (¡En balde interrogo á esta acémila! Veré en Córdoba al infeliz que me sirve de agente, y con su ayuda seguiré la pista al autor de este anónimo, que bien mirado, solo merece mi desprecio.) *(Arruga entre los dedos el billete.)*
ALFONSO. ¿Manda su merced otra cosa?
MANUEL. No: retírate.
ALFONSO. ¿Queda su merced satisfecho?
MANUEL. ¿Satisfecho..? (*Reprimiéndose.*) ¡Anda con Dios!
ALFONSO. Si he dicho alguna majadería...
MANUEL. ¡Dále!
ALFONSO. Su merced me perdonará porque estoy atontado. (*Suspira.*) ¡Cosas se ven en el mundo..! (*Marcha al fondo.*)
MANUEL. ¿Qué rezas?
ALFONSO. *(Volviendo.)* Digo... que no se debe poner cariño en las mujeres! Créame su merced.
MANUEL. (*Sorprendido.*) ¡Alfonso!
ALFONSO. ¡Son malos bichos! No hay que fiarse de la mejor. Salud, mi amo. (*Va hácia el fondo.*)
MANUEL. *(Deteniéndole.)* ¡Aguarda! Procura esplicarte.
ALFONSO. ¿Para qué? No quiero dar á su merced una pesadumbre.
MANUEL. ¿Pesadumbre á mí?
ALFONSO. Su merced ha creido que en esta casa no hay mas que ángeles...

Manuel. ¡Acaba! (*Empieza á estirar el anónimo.*)

Alfonso. No me acomoda, mi amo. El bribon que tan mal paga nuestra hospitalidad, contaria luego la cosa á su manera; y el pobre Alfonso quedaria por embustero.

Manuel. (¡No sé qué pensar...!) Tú sueñas, hombre. Tranquilízate, y refiéreme la causa de tu disgusto.

Alfonso. ¿Mi disgusto...? ¡Mi coraje, dirá su merced! ¿Quién puede sufrir con paciencia que venga un caballerete á engatusar á una mujer sencilla, que era la gloria de su marido?

Manuel. (¡Qué oigo!)

Alfonso. ¡Bueno fuera que su merced disculpase al burlador!

Manuel. ¿Yo disculparle...? ¡Su nombre al punto! ¡Su nombre!

Alfonso. Pero...

Manuel. ¡Dilo!

Alfonso. D. Fernando.

Manuel. (*Dando algunos pasos vacilantes.*) ¿Eh...? ¿Tú tambien...? ¿Tú le acusas?

Alfonso. (*Suspirando.*) Sí, señor.

Manuel. (*Con voz sorda y airada.*) ¡Ah, traidor! ¡Ah, villano...! (*Coge de repente á Alfonso por el cuello.*) ¡Pero si tú eres el traidor...!

Alfonso. ¡Señor amo!

Manuel. ¡Tú, el villano! (*Le suelta y da algunos pasos hácia la izquierda.*) (¿Pero qué he hecho...? ¡Rogar á un criado que acuse á mi amigo...! ¡Que difame á mi esposa...! ¡Oh! ¡Soy el mas vil de los hombres!) (*Se cubre el rostro con las manos.*)

Alfonso. (*Acercándose á su señor.*) ¿No le dije á su merced que no me creeria?

Manuel. ¡Calla, calla!

Alfonso. ¿Su merced no quiere que hable?

Manuel. ¡Que enmudezcas es lo que quiero! ¡Quítate de mi vista, reptil inmundo!

Alfonso. ¡Pero, señor...!

Manuel. ¡Afuera!

Alfonso. Me voy corriendo. (*Se dirige al fondo.*)

Manuel. ¡Y cuenta con lo que hablas, porque en ello te va la lengua!

Alfonso. ¿Hay justicia en la tierra? Unos retozan, y otros llevan los palos! (*Vase por la derecha del fondo.*)

Manuel. (*Corriendo tras él.*) ¡Miserable...!!

ESCENA XV.

D. Manuel *en la puerta del fondo.*

Válgate que no quiero alarmar la casa. (*Baja al proscenio, leyendo para sí el anónimo.*) ¡Oh! ¡Este papel me quema las manos! (*Lo tira sobre el velador.*) Sus breves renglones y las palabras de Alfonso tienen un enlace fatal. ¡Qué abismo de dudas! ¿Fernando me será traidor? ¿Carlota..? ¡Oh, no! ¡Imposible! La virtud de esa pobre niña escede á todo encarecimiento. ¡Ah, qué rayo de luz! Carlota me ha contado que su hermana y mi amigo se profesan mútuo amor. Como esto puede colmar nuestra ventura, Carlota habla á menudo con Fernando para obligarle á que rompa su tenaz silencio. ¡Está visto! Alfonso lo ha entendido al revés. ¡Mal haya el tagarote incapaz de sacramentos! Con todo, pudiera creerse que los amores de Cármen y Fernando han sido inventados para vendarme los ojos... No lo imagino yo, pero me importa que no lo sospeche nadie. Mas ¿de quién he de valerme para conseguir una prueba? No puedo dirigirme á Carlota, ni á Fernando... Mi tio debe ignorar siempre este suceso... ¡Ah! ¡Cármen! ¡Nadie mejor que Cármen! ¡Sus inocentes lábios me descubrirán el amor de su pecho; y todo cuanto me ha dicho Carlota pasará por este crisol! No hay que perder tiempo. ¡Si estuviese en su cuarto..! (*Llega á la puerta primera de la izquierda.*) ¿Carmencita? (*Se retira un poco.*) ¡Quiera el cielo que las palabras de esa niña sean un bálsamo para mi corazon! (*Vuelve á acercarse á la puerta.*) ¿Cármen?

ESCENA XVI.

D. Manuel. Carmen.

Carmen. ¿Qué me quieres?

Manuel. (*Tomándole una mano.*) Ven acá, hermana mia; ¿no te aburres de estar sola en ese cuarto?

Carmen. Me ocupo en mi labor.

Manuel. ¡Tu labor..! ¿Por qué bajas los ojos? Mírame. Pero ¿qué es eso? ¿Has llorado?

Carmen. ¡No lo creas!

Manuel. Soledad, lagrimitas... ¡Síntomas infalibles!

CARMEN. ¿De qué?
MANUEL. Vaya, Carmencita, ¡si no me pesa! Al contrario: celebraré mucho... Y á propósito: tengo que darte una buena noticia.
CARMEN. Esplícate.
MANUEL. Bien que ya te habrá enseñado Carlota el oficio del comandante general...
CARMEN. No he visto nada.
MANUEL. ¿No? ¡Es particular..!
MANUEL. ¿Pero qué tiene que mandarme ese señor?
MANUEL. Presumo que nos envia la próroga de la licencia que disfruta Fernando.
CARMEN. (*Con frialdad*). ¡Ah!...
MANUEL. ¿No te alegra la noticia?
CARMEN. Me es indiferente.
MANUEL. (*Dando un paso atrás.*) ¿Indiferente?... (¡Pues esto me faltaba!) ¿Dices la verdad?
CARMEN. Sí.
MANUEL. ¡Eh! ¡No por cierto! Una mal entendida vergüenza te obliga á disimular tus sentimientos. ¿Y á quién se los ocultas? ¡A tu hermano, á tu segundo padre, que se desvive por labrar tu dicha!
CARMEN. (*Tomándole una mano con temor.*) Hermano mio, no te enfades!
MANUEL. ¿Eso has creido?
CARMEN. ¡Sí!...
MANUEL. (*Abrazándola.*) ¡No, Carmencita! ¡Qué disparate! Hablo con calor, porque me interesa mucho tu suerte. Ven acá. (*La conduce al sofá.*) Siéntate junto á mí. (*Lo hacen.*) Nadie transita por estas habitaciones, y podemos conversar libremente.
CARMEN. Como quieras.
MANUEL. Voy á hacerte cuatro preguntillas, advirtiéndote de antemano que si la confesion es sincera, la penitencia será dulcísima.
CARMEN. Habla, pues.
MANUEL. ¿Debo, ó no, presumir que un bizarro capitan, huésped de mi casa, lo es tambien de tu corazon?
CARMEN. ¡No, Manuel!
MANUEL. ¿Con que no estás enamorada?
CARMEN. ¡Qué desatino!
MANUEL. ¿De D. Fernando?
CARMEN. ¡No, no!
MANUEL. Mira que yo lo he descubierto.
CARMEN. ¡Te has equivocado!
MANUEL. Mira que él lo confirma.
CARMEN. ¡Pues ha mentido!

MANUEL. ¡Advierte que tu hermana me lo ha dicho!
CARMEN. ¡Pues te ha engañado!
MANUEL. (*Levantándose repentinamente.*) ¿Que me ha engañado Carlota?.... ¿Tú tambien?.... (*Apoyándose en el velador.*) ¡Ay!...
CARMEN. (*Acercándose á D. Manuel.*) ¿Qué tienes, hermano?
MANUEL. (*Rechazándola y dirigiéndose á la derecha.*) ¡Déjame! (¡Esto no puede ser!... ¡No quiero que sea!)
CARMEN. No acierto á esplicarme...
MANUEL. Bien está. niña. Te obstinas en guardar reserva conmigo. ¡Bien está! (*Pasea agitado.*)
CARMEN. ¿Pero qué estraño interés?...
MANUEL. ¡Nada! ¡Si ya no quiero que me digas nada! Poseo la clave de estos enigmas pueriles, y haré uso de ella para saberlo todo. ¡Cuánto voy á gozarme en tu confusion!
CARMEN. (*Alarmada.*) ¿Qué intentas?
MANUEL. No puedes comprenderlo bien hasta que suban aqui tu hermana y mi amigo.
CARMEN. (*Dando algunos pasos hácia la izquierda.*) ¡Oh! Tú me dispensarás....
MANUEL. Veremos si desmientes á Carlota.
CARMEN. (*Trémula y suplicante.*) ¡Oh! No me obligarás á eso! ¡No, por Dios!
MANUEL. Veremos tambien qué respondes á D. Fernando.
CARMEN. ¡Qué vergüenza! ¡No, hermano mio! ¡Yo te diré la verdad, toda la verdad!
MANUEL. ¿Sí?...
CARMEN. Sí, Manuel; pero no me sometas á ese martirio! ¡Te lo pido de!...
(*Va á echarse á los pies de D. Manuel, y este la recibe en sus brazos.*)
MANUEL. ¿Qué vas á hacer, criatura? Sosiégate, la entrevista no se verificará.
CARMEN. ¡Pues tú lo quieres, no vacilaré mas tiempo en confesarte que he rendido mi corazon á D. Fernando!
MANUEL. ¡Ya ves que en eso no me ha engañado Carlota! ¿Pero él te ama...? ¡Dime, por Dios, si te ama!
CARMEN. ¡Lo ha fingido el traidor!
MANUEL. ¡Cármen...!
CARMEN. ¡Oh, sí! ¡Lo ha fingido! ¡Se ha burlado de mi cariño inocente! ¡No soy yo la que él ama!
MANUEL. (*Dando en el suelo una patada.*) ¡Niña!
CARMEN. (*Huyendo.*) ¡Vírgen santa!
MANUEL. (*Asiendo á Cármen de un brazo.*) ¿Sabes, infeliz, á quién acusas? ¿sabes á quién condenas?
CARMEN. ¡A nadie, á nadie...! ¡Por Dios te ruego que olvides estas espresiones, hijas de tu obstinacion y mi despecho...!

Que no digas nada á Fernando... Que nada sepa Carlota... ¡Que todos vivais felices, sin mezclar vuestras lágrimas con las que he de llorar eternamente!

Manuel. Son tus armas. ¡Yo tengo otras!

Carmen. ¡Por amor mio no harás uso de ellas! ¡No, Manuel! (*Echa los brazos al cuello de D. Manuel, en ademan cariñoso y suplicante*). Tú eres bueno, prudente... Haz como que nada sabes!

Manuel. (*Rechazando á Cármen con indignacion*). ¡Señorita...! (*Calmándose de repente*): ¡Ah! ¡ya entiendo! Tú no ves mas allá de tus celos... ¡Oh! siento en el alma haberte interrogado. ¡No necesito saber mas! Vete. ¡Un grito de mi corazon puede aniquilar tu inocencia! ¡Vete, vete!

Carmen. ¿Qué vas á hacer?

Manuel. Voy... á tranquilizarme un poco... A meditar luego... Tú has dicho bien... ¡Un hombre prudente...! Anda, niña; busca á tu hermana... Quizás esté en el jardin. ¡No te separes de ella! Pero mira que no has de referirle nuestra conversacion.

Carmen. Nada sabrá por mí. ¡Tendria un disgusto!

Manuel. ¡Seguramente!

(*D. Manuel lleva á Cármen de la mano hasta la puerta del fondo.*)

Carmen. Con que me das palabra...

Manuel. De que todo se arreglará como es debido.

(*Vase Cármen por la derecha del fondo.*)

ESCENA XVII.

D. Manuel. *Luego* D. Placido.

Manuel. (*Bajando al proscenio.*) ¡Ahora á meditar mi venganza...! ¡Debe ser terrible y pronta! ¡Amor, paz, ventura, todo en un momento me ha sido arrebatado por mis enemigos...! ¡Qué un rayo de mi cólera los abrase y los confunda! (*Sale D. Plácido por la puerta de la derecha, y baja despacio al proscenio.*) ¡Ah, traidor D. Fernando! ¡Ah, despiadada Carlota! (*Enternecido.*) ¿Esto merecia mi amor...? (*Sobre sí.*) ¡Eh, corazon de cera, ahora te quiero de bronce! (*Pausa.*) Siento no poder sepultar entre sombras mi venganza; mas no hay remedio: pública ha de ser la reparacion porque ha sido público el agravio. ¡Todo el mundo lo sabia: mis criados, mis parientes, mis amigos...! Lo único que se ignora es la procedencia de este billete. ¿Dónde está su autor? ¿Quién ha sido?

PLACIDO. (*Con sencillez y bondad.*) Yo.
MANUEL. ¿Quién..? Ah..!! ¿V., tio..? ¿V..?
PLACIDO. ¡Sí!
MANUEL. ¿Con qué..? (¡Pierdo el juicio..!) Con qué este... embrollo..?
PLACIDO. Así te pareció al principio.
MANUEL. ¿V. sabe?
PLACIDO. Mas que tú.
MANUEL. ¿Ha oido V. á Cármen?
PLACIDO. Y á tu criado Alfonso.
MANUEL. ¡Pero, tio..! Su conducta de V. es inesplicable. ¡Escribirme anónimos! ¡Espiar mis pasos! ¡Sorprender mis secretos! ¡No hiciera mas un enemigo oculto! (*Cogiendo de un brazo á D. Plácido.*) Sabe V., señor D. Plácido..?
PLACIDO. Sé que salvo tu honor: lo demas no me importa.
MANUEL. (*Sorprendido.*) ¿Mi honor..? Ya veo... Pero no podía V. hacer lo mismo á cara descubierta?
PLACIDO. Mírame bien.
MANUEL. ¡Ahora!
PLACIDO. Ahora, que sabes la verdad; ahora, que puedes oirme sin cometer un atentado..
MANUEL. No entiendo...
PLACIDO. Recuerda mis consejos de esta mañana: recuerda tus desabridas contestaciones.
MANUEL. Cierto que....
PLACIDO. Si yo te hubiera dicho entonces: «tu mujer y tu amigo se profesan un amor... de grueso calibre.»
MANUEL. ¡Basta!
PLACIDO ¿Qué habrias hecho al recibir este prudente aviso? ¡Desmentirme!
MANUEL. ¡Bien lo conozco!
PLACIDO. ¡Injuriarme!
MANUEL. Por Dios, tio!
PLACIDO. ¡Y acaso afrentar estas canas, poniendo en mí tus airadas manos!
MANUEL. ¡Calle V..! Tiemblo al pensarlo! ¡Sí, sí! V. es mi amigo único! Yo admiro su prudencia, reclamo su consejo y me refugio en sus brazos! (*Lo hace así.*)
PLACIDO. Date por salvo, hijo mio! ¡Respira!
MANUEL. ¡Sí! ¡Todavía me parece que podemos estar equivocados!
PLACIDO. ¡Eso no!
MANUEL. ¡Ah!
PLACIDO. Pero cabe remediar el daño. ¿Carlota no ha faltado á sus juramentos..! Todo se compondrá.
MANUEL. ¿Y su corazon..?
PLACIDO. Tambien tiene compostura... ¡Ea! ¡No hay que perder

un instante, porque estamos con el agua al cuello. Esta mañana sorprendí á tu mujer y á tu amigo, hablando en términos que..!

MANUEL. ¿En qué términos?

PLACIDO. Yo no podia tolerar aquel diálogo. Mi obligacion era toser, y tosí. Ellos al verme debieron de turbarse, y comprender que yo estaba en autos; porque habiéndole dicho en voz baja á D. Fernando: «Caballero, sé que ama V. á Carlota.»

MANUEL. (*Con recelo.*) ¡Calle V!

PLACIDO. Eso mismo me respondió D. Fernando.

MANUEL. Hasta luego. (*Despídese de D. Plácido, dándole la mano.*)

PLACIDO. Aguarda. Cuando me dejaste con Carlota en esta habitacion...

MANUEL. Hace poco rato.

PLACIDO. Comencé á pasearme, y hallé en el suelo una carta, que recogí por curiosidad.

MANUEL. Démela V.

PLACIDO. Figúrate cuál sería mi asombro al ver rápidamente que decía: «este secreto amor.«

MANUEL. (*Introduciendo sus manos en los bolsillos de D. Plácido.*) ¡Venga esa carta!

PLACIDO. Y abajo firmaba. *Fernando.*

MANUEL. ¡Pronto esa carta!

PLACIDO. Me la arrebató tu mujer!

MANUEL. ¡Ah!

PLACIDO. Diciendo que era una receta.

MANUEL. ¡Una...! ¿Y luego?

PLACIDO. Luego echó á correr.

MANUEL. Aguárdeme V. aqui.

PLACIDO. ¿Qué vas á hacer?

MANUEL. ¡Pedirle... arrancarle ese billete!

PLACIDO. (*Cogiendo á D. Manuel de un brazo.*) ¡Templanza, Manolito!

MANUEL. Bien está.

PLACIDO. ¡Por Dios vivo!

MANUEL. (*Zafándose bruscamente.*) ¡Por Dios vivo, suélteme V.! (*Váse por la puerta segunda de la izquierda.*)

ESCENA XVIII.

D. PLACIDO. *Luego* D. MANUEL.

PLACIDO. ¡Echó por las de Pavía! ¡Vaya V. á contar con la discrecion de nadie! Mi sobrino, un muchacho juicioso, pacífico, circunspecto, porque descubre que su mujer no anda

derecha... ¡Paf!! !se voló como un castillo de pólvora! ¡Si es mucho cuento! (*Repara en D. Manuel, que sale por la puerta segunda de la izquierda.*) ¿Qué traes?

MANUEL. ¡Aquí está la carta!

PLACIDO. ¡Ah...! Y Carlota?

MANUEL. No la he visto.

PLACIDO. ¡Mas vale así!

MANUEL. ¡Pérfida..! ¡En su tocador la tenia! Lea V.

PLACIDO. (*Mirando el papel, que le entrega su sobrino.*) Exactamente. (*Lo devuelve á D. Manuel.*) No es mas que un pedazo, pero basta.

MANUEL. ¡Basta y sobra! ¡Cada renglon, cada palabra es un cartel de mi deshonra.

PLACIDO. ¡Calma, hijo, moderacion!

(*Se oye cantar á D. Fernando.*)

MANUEL. ¿Quién sube?

PLACIDO. ¡Animas benditas!

MANUEL. ¡D. Fernando..! ¡Qué fortuna..! Retírese V., tio.

PLACIDO. Desgraciado, ¿qué intentas?

MANUEL. Nada... Yo tambien me retiro.

PLACIDO. Ha de ser antes que yo.

MANUEL. ¡Salga V.!

PLACIDO. ¡Tú primero!

MANUEL. (*Con despecho.*) ¡Ya me voy!

(*Váse precipitadamente por la puerta de la derecha.*)

ESCENA XIX.

D. PLACIDO. D. FERNANDO.

PLACIDO. ¡Dios le ilumine! (*Baja á la derecha del proscenio.*) Me quedo por lo que pueda tronar. (*Ve á D. Fernando que entra cantando por la derecha de la puerta del fondo, y se dirige á la izquierda del proscenio.*) (Ya está aquí la tea de la discordia.) (*Quítase D. Fernando el frasco que trae pendiente de un cordon, y al mismo tiempo repara en D. Plácido.*)

FERNANDO. Buenas tardes, amigo mio.

PLACIDO. Buenas tardes. (*Pausa, durante la cual D. Fernando lia el cordon al cuello del frasco.*) ¿Cómo no baja V. un rato á la huerta?

FERNAND. Vengo del valle.

PLACIDO. ¡Famosa caminata!

FERNAND. La emprendo todos los dias.

PLACIDO. Dicen que el tal valle es muy pintoresco.

FERNAND. ¡No puede V. formarse una idea..! ¡Qué amenidad, qué sosiego! La fuente me cautiva sobre todo. ¡Qué brazo de agua..! ¡Y qué agua! ¡Un néctar! Anoche sostenia Manuel que era mejor la del Corchuelo; pero ya verá V. cómo se queda bizco cuando apure este frasco.

PLACIDO. ¡Hola! ¿Trae V. para mi sobrino..?

FERNAND. Sí, señor. (*Levanta el frasco en alto.*) ¡Un agua prodigiosa!

PLACIDO. (¡Canario! ¿Si será aquello?)

FERNAND. Pruébela V.

PLACIDO. (*Con espanto.*) ¿Yo..? (*Escusándose.*) No entiendo de aguas... Pero beba V. un trago á mi salud.

FERNAND. ¡Dios me libre! ¡Me he echado al coleto un par de azumbres y sería cosa de reventar! (*Pone el frasco sobre el velador.*) Aquí lo dejo intacto para mi amigo.

PLACIDO. (*Dando una palmada.*) (¡Aquello es!)

FERNAND. (Si habrá entregado Carlota mi billete á su hermana? (*Mira á todos lados y luego se aproxima á D. Plácido.*) ¿Puede V. decirme dónde está Carlotita?

PLACIDO. ¡No, señor!

(*Vuelve D. Fernando á la izquierda del escenario y registra por las dos puertas.*)

ESCENA XX.

DICHOS. D. MANUEL, *por la puerta de la derecha.*

MANUEL. (*Junto á su amigo.*) Señor D. Fernando... Sígame V.

PLACIDO. (¡Ya está armada..!)

FERNAND. ¡Hombre, qué tono!

MANUEL. Sígame V.

FERNAND. (*Remedándole.*) Señor D. Manuel, ¿á donde?

MANUEL. Al valle.

FERNAND. ¿Sí? Enterado. (*Vuelve la espalda á D. Manuel y se sienta en el confidente.*)

MANUEL. ¿Qué hace V.?

FERNAND. Lo que es natural, viniendo ahora de ese sitio.

MANUEL. ¡Pues irá V. dos veces! (*Coge de un brazo á D. Fernando y le obliga á levantarse.*)

FERNAND. ¿Estás loco?

PLACIDO. ¡Atiende, Manuel mio!

MANUEL. (*A D. Plácido.*) ¿Qué hace V. aquí? ¿No le dije á V. que se fuera?

PLACIDO. Desiste de tu bárbaro propósito!

Fernando. ¿Bárbaro propósito..? ¡Ah, ya comprendo!
Manuel. ¡Cuánto me place!
Fernand. (*Señalando á D. Plácido.*) Quieres dar un susto á este buen señor, tan pusilánime y tan... ¡Eh! ¡no cuentes conmigo.
Manuel. ¿Cómo, susto?
Fernand. (*Llevándose aparte á D. Plácido.*) ¡Sosiéguese V., señor D. Plácido! ¿No ve V. que todo es broma?
Placido. ¿Cómo broma?
Manuel. (*Tirando de un brazo á D. Fernando.*) ¿Te burlas de mí?
Fernand. ¡Manuel! ¡Ya me vas enfadando!
Manuel. ¡Eso quiero, miserable!
Fernand. ¡Pues si pierdo los estribos!
(*Se juntan D. Manuel y D. Fernando encolerizados, y los separa D. Plácido interponiéndose á los dos.*
Placido. ¡Paz, señores, paz!
Manuel. (*Dándole un empellon.*) ¡Quite V!
Fernand. (*Haciendo lo mismo.*) ¡Vaya V. á paseo!
Placido. (¡Ah, tigres!)
Manuel, ¡Acabemos, D. Fernando!
Fernand. Empecemos, digo yo, y sea por saber la causa de tu enojo. ¿En qué he podido ofenderte?
Manuel. ¡Pregúntalo á tu conciencia! ¡Yo no puedo pasar por la humillacion de decírtelo!
Fernand. Mi conciencia está tranquila.
Manuel. Dí mejor que no la tienes.
Fernand. ¡No me injuries!..,
Placido. (*Colgándose de un brazo de D. Fernando.*) ¡Ah, caballero, tome V. la puerta!
Fernand. ¡Tómela V. por mí, y se lo agradeceré con alma y vida!
Manuel. (*Llevando aparte á D. Fernando.*) Menos dilaciones, señor mio!
Fernand. ¡Habla claro y pronto!
Placido. ¡Manuel, una súplica no mas!
Manuel. ¡Diga V!
Placido. ¡Por ese ramo de oliva! (*Señalando al del jarron.*)
Manuel ¡Ni por todo un olivar! (*A D. Fernando al oido.*) Sígame V.. abajo tenemos armas.
Fernand. ¡Un duelo!
Manuel. ¡A muerte!
Fernand. Te dejo por loco rematado y corro á avisar á tu mujer!
Manuel. (*Trayendo bruscamente á D. Fernando al proscenio.*) ¡No he visto mayor descaro, ni mas baja cobardía!
Fernand. ¡Eh! ¡Basta de insultos!
Manuel. ¿Quiero despertar tu cólera!
Fernand. ¡Fácil es!

Manuel. ¡No es difícil de esta suerte! *(Va á pegar á D. Fernando en el rostro.)*
Fernand. *(Apoderándose de la mano de D. Manuel.)* ¡Villano!
Placido. ¡Aquí de mis recursos! *(Corre á la puerta del fondo.)*
Manuel. ¿Ahora me seguirá V. al valle?
Fernand. ¡Y al infierno!
Placido. *(Gritando.)* ¡Socorro! ¡Que se matan! ¡Socorro!
Manuel. ¡Ah! *(Corre al fondo y procura hacer callar á su tio.)*
Fernand. (¡Con él!... ¡Mi amigo!... ¡mi hermano! ¡Imposible!)

(Por la izquierda trae D. Manuel á D. Plácido luchando á brazo con él y tapándole la boca. Por la derecha sube D. Fernando al foro.)

Placido. ¿Carlota!...
Manuel. ¡Calle V.!
Placido. ¡Cármen!...
Manuel. ¡Silencio!

(Vase D. Fernando por la derecha del fondo.)

ESCENA XXI.

D. Placido. D. Manuel.

Placido. ¡Suelta..! Ya no grito.
Manuel. ¿Dónde está D. Fernando?
Placido. Voló
Manuel. ¡Ah, cobarde...! ¡Voy tras él!
(Corre á la puerta del fondo, y D. Plácido le intercepta el camino.)
Placido. ¡Quita...!
Manuel. ¡Paso!
Placido. ¡Mírale al cabo de la huerta!
Manuel. ¡Ah, hombre vil!
Placido. Ya salvó la empalizada. Echale un galgo.
Manuel. Pues bien; confiese su delito huyendo, y cúbrase de ignominia! *(Baja al proscenio.)* ¡Mañana le alcanzará mi brazo! ¡Hoy no puedo mas...! *(Se apoya en el velador.)* ¡Las fuerzas me abandonan..! ¡Tengo fiebre...! ¡Ah, Carlota...! ¡Me has traspasado el corazon! *(Aproxímase lentamente al sofá, y toma asiento.* ¡Qué angustia...! ¡Dios mio, la vida... para castigar el crímen...! *(Llévase las manos al pecho.)* ¡Ah...! ¡La sangre me sofoca... yo me abraso...! *(Ve el frasco sobre el velador y lo coge con ansia.* ¡Ah!

PLACIDO. (*Bajando al proscenio, y notando la accion de D. Manuel.*) ¡Oh! ¡No bebas, desgraciado! (*Quítale el frasco por detrás del sofá.*)
MANUEL. ¡Tio!
PLACIDO. (*Mostrándole el frasco.*) ¡Mira bien!
MANUEL. De D. Fernando...
PLACIDO. ¿Bebiste?
MANUEL. No.
PLACIDO. ¡Gracias al cielo!
MANUEL. ¿Pues qué contiene ese frasco?
PLACIDO. ¡Infeliz, no me lo preguntes!
(*D. Manuel lanza un grito de horror, y cae sin sentido sobre el sofá.*)

ESCENA XXII.

DICHOS. CARMEN *y* CARLOTA *por la izquierda de la puerta del fondo. Luego* RAFAELA *por la derecha.*

CARMEN. ¿Quién daba voces?
CARLOTA. ¿Qué hay, señor D. Plácido?
PLACIDO. Nada... Retiráos...
CARLOTA. ¡V. me oculta alguna desgracia!
PLACIDO. ¡No hay nada por ahora!
CARMEN. (*Reparando en su cuñado.*) ¡Manuel...!
CARLOTA. ¡Ah...! ¡Manuel mio!
(*Las dos hermanas corren al sofá, y abrazan á don Manuel.*)
RAFAELA. (*Entrando.*) ¿Llamaba V.? ¿Qué ha sucedido?
PLACIDO. ¡Nada te importa! ¡Nada tienes que saber! (*Entregándole el frasco.*) Tira al caño ese veneno.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

CARMEN *y* RAFAELA *por la puerta de la izquierda.* RAFAELA *traerá un candelero con vela encendida.*

CARMEN. No me persigas, vete.

RAFAELA. ¡Por la vírgen del Robledo, señorita!

CARMEN. ¡Déjame en paz!

RAFAELA. ¡Si todo fué por dar celos á mi marido! (*Coloca la luz sobre el velador.*)

CARMEN. Mas que la ofensa, me enoja la disculpa.

RAFAELA. ¿Pero es malo...?

CARMEN. ¡Malísimo es que procures engañarme con esa invencion de celos!

RAFAELA. ¿Pues no le he dicho á V. que D. Plácido sorprendió á Alfonso cortejando á una zagala? ¡Si no es motivo para estar celosa...!

CARMEN. ¿Y por qué no te fuiste en derechura á dar quejas á tu marido?

RAFAELA. ¡Tambien lo hice con cada refran que valía un imperio! ¡Ay, ni por esas! Me dió un bufido y no ha vuelto á saludarme.

CARMEN. ¡Pobre Rafaela!

RAFAELA. ¿Me perdona V.?

CARMEN. ¡No por cierto! Ya que te ocurrió la diabólica idea de recibir, en presencia de tu marido, un abrazo de otro hombre, al menos... no debiste escojer á D. Fernando.

RAFAELA. ¿Pues á quién?

CARMEN. ¿A quién? ¡No siendo á mi novio, á cualquiera! Al mismo D. Plácido.

RAFAELA. ¡Quite V.! ¿Abrazar á un vejestorio... habiendo un mozo de por medio!

CARMEN. ¿Así me desenojas, pícara? ¡Me gusta el arrepentimiento!

RAFAELA. ¡Perdon, señorita! ¡He dicho un disparate..! Bien sabe V. que soy una muchacha honrada, y que por nada del mundo daria á V. un sentimiento. Si alguna vez me acuerdo de D. Fernando es porque pienso en el regalo que me hará cuando se case con V.

CARMEN. ¡Para bodas estamos! ¡Mira la casa toda revuelta y medrosa, que no parece sino que habita en ella un espíritu maligno!

RAFAELA ¿Pero no me dirá V. qué tienen esos señores? ¿Qué mosca les ha picado?

CARMEN. ¡Ay, Rafaela! ¿Qué mas podré decirte sino que he perdido á mi amante para siempre?

RAFAELA. ¡No se amilane V., señorita! Dios mejora sus horas, y V. verá á D. Fernando. ¿Quién sabe si hoy mismo..? ¡Porque á rio revu lto..!

CARMEN. ¿Qué me quieres decir?

RAFAELA. Si yo le facilitase á V. una entrevista con el ausente caballero, ¿no quedaría perdonado el abrazo de marras?

CARMEN. ¡Oh, ciertamente..! Pero eso es imposible!

RAFAELA. ¡El lo desea tanto..!

CARMEN. ¿Sabes tú que lo desea? ¿Le has visto por ventura?

RAFAELA. Sí, señora...

CARMEN. ¿Dios mio, qué imprudencia! ¿Pero cómo has logrado verle?

RAFAELA. Diré á V.: no pudiendo bajar esta tarde al jardin, porque al salir el amo y su tio cerraron todas las puertas, me puse en la ventana del comedor á tomar el fresco y á cantar unas seguidillas.

CARMEN. Adelante.

RAFAELA. Miraba yo por toda la vereda de enfrente, y ví que un hombre la seguia hasta dar con la tapia de la huerta. Entonces advertí que era D. Fernando; él me conoció tambien y me saludó con su pañuelo.

CARMEN. ¿Pero qué te di o?

RAFAELA. Entre señas y palabras me dió á entender que deseaba hablar con V. á solas.

CARMEN. ¡Qué locura! Además eso no es posible estando las puertas cerradas.

RAFAELA. Tiene V. mucha razon; pero me indicó D. Fernando que en oscureciendo saltaria la tapia, y que luego arrimaria á esa ventana la escalera del pajar...

CARMEN. ¡Oh! tú le habrás obligado á desechar ese proyecto. ¡Tú le habrás dicho que si lo ejecuta, y mi hermano le sorprende en casa, él perderá su vida y yo mi estim.cion!

RAFAELA. Buenas ganas se me pasaron de decirle todo eso; mas como tengo poca voz...

CARMEN. ¿Qué hiciste...?
RAFAELA. Y era mucha la distancia...
CARMEN. ¡Acaba!
RAFAELA. Le dije á todo que sí.
CARMEN. ¡Ay, desventurada...! ¿Con que vendrá D. Fernando?
RAFAELA. Sí.
CARMEN. ¿Por esa ventana?
RAFAELA. Sí.
CARMEN. ¡Ciérrala al punto!
RAFAELA. ¡Pero, señorita...!
CARMEN. ¡La cerraré yo!

(*Se dirige á la ventana*).

ESENA II.

DICHAS. D. FERNANDO, *que entra por la ventana.*

FERNAND. ¡Un momento no mas!
CARMEN. (*Retrocediendo sobresaltada.*) ¡Ah...! ¡Caballero!
FERNAND. ¡Carmencita!
CARMEN. Retírese V.
FERNAND. Oigame V. antes.
CARMEN. ¡Mi hermano va á llegar!
RAFAELA. Descuide V., señorita. Yo me pondré de centinela.
FERNAND. ¡Anda!

(*Se dirige Rafaela al fondo, y pasea por la galería.*)

CARMEN. (Me deja sola con él!)
FERNAND. ¡Perdone V. mi atrevimiento!
CARMEN. A la verdad, D. Fernando, que no puedo ver sin estrañeza...
FERNAND. ¿Mi imprudente resolucion? ¡Ah, Cármen! No es culpa mia si tengo que valerme de las sombras de la noche para lograr una entrevista, que debió verificarse á la luz del dia y en presencia de todos. ¡Pero despues de lo ocurrido esta tarde, ignoro si tendrá un término el enojo incomprensible de mi amigo! ¡Quién sabe si me despido de V. por mucho tiempo...! ¡Quién sabe si para siempre!
CARMEN. ¿Para siempre?
FERNAND. ¡No, no...! ¡Me mataria esa idea! ¡V. puede borrarla de mi imaginacion...! ¡V. puede desvanecerla con una palabra de amor!
CARMEN. Amor, felicidad... ¡Calle V. ahora! Cuando estoy rodeada de personas que sufren, no me es lícito pensar en otra dicha que la de consolarlas.

FERNAND. Tambien deseo yo poner un término á esta situacion angustiosa. Al efecto he determinado pasar la noche oculto en el jardin, dando tiempo á Manuel para que recobre la razon durante estas horas de reposo. ¡Mañana me presentaré á su vista con la primera luz del dia: volveré á pedirle esplicaciones acerca de la calumnia que ha minado nuestra amistad; le exigiré que me revele el nombre del calumniador; y si nada alcanzan mis súplicas, si continúa Manuel llenándome de improperios, si me provoca otra vez á un desafio...!

CARMEN. ¿Sería V. capaz de aceptarlo?

FERNAND. ¡No para atentar contra su vida, sino para entregarle la mia!

CARMEN. ¡Fernando!

FERNAND. Descuide V., Carmencita. La cólera de Manuel no puede durar hasta mañana. Me oirá tranquilo, averiguaremos la verdad, y confundiré en su presencia al autor de este embrollo.

CARMEN. ¡Ay de mí!

FERNAND. ¿Por qué suspira V.?

CARMEN. Porque yo soy quien tiene la culpa del arrebato de Manuel.

FERNAND. ¿V.?

CARMEN. ¡Yo le irrité! ¡Yo armé su brazo!

FERNAND. ¿V.? ¡Vaya, eso no es creible!

CARMEN. ¡Sí, D. Fernando! Desde esta tarde lo estoy sintiendo, aunque no me he atrevido á decírselo á mi hermana, por no afligirla mas, y porque me exigió Manuel que guardase el secreto.

FERNAND. ¡Pero, señor..!

CARMEN. Poco antes de volver V. de su paseo, cometí la imprudencia de enterar á Manuel...

FERNAND. ¿De qué?

CARMEN. De que V. se habia propasado...

FERNAND. ¿A qué?

CARMEN. Cediendo á las sugestiones de Rafaela...

FERNAND. ¡Comprendo..! ¡El abrazo maldito! Pero si fué...

CARMEN. Lo sé todo. Ya está V. disculpado.

FERNAND. Y piensa V. que mi amigo por esa broma...?

CARMEN. ¡Oh, se puso furioso!

FERNAND. ¡Qué niña es V.!

CARMEN. No, pues yo he de hablarle á Manuel esta misma noche. Quiero que conozca la verdadera interpretacion del suceso, y no peque de ignorancia. ¡Si logro que me preste atencion, imagino que he de ponerle mas suave que un guante!

FERNAND. Haga V. lo que guste; pero repito que la causa de nuestros disturbios no puede ser la que V. supone con tanta candidez.

RAFAELA. (*Bajando apresuradamente al proscenio.*) ¡Señorita, señorita..!

CARMEN. ¡Rafaela..!

RAFAELA. ¡Ya están ahí!

FERNAND. ¿Quién?

RAFAELA. El amo y su tio.

CARMEN. ¡Jesus!

RAFAELA. Han abierto la reja del patio... (*Vuelve á la galería del fondo.*)

CARMEN. ¡Váyase V!

FERNAND. ¿Sin obtener la ansiada respuesta..?

CARMEN. ¿No ha adivinado V. mis sentimientos?

FERNAND. ¡Me seria tan grato que V. los espresase de viva voz!

CARMEN. ¡D. Fernando, no hay tiempo para hablar de nuestros amores!

FERNAND. ¡Oh, dicha!

RAFAELA. (*Volviendo á bajar al proscenio.*) ¡Que ya suben!

CARMEN. (*A D. Fernando, señalándole la ventana.*) ¡Pronto!

FERNAND. ¡Adios, Cármen mia!

(*Se oye toser en la galería.*)

RAFAELA. ¡D. Plácido..! (*Corre á la puerta del fondo.*)

CARMEN. ¡Somos perdidos!

(*Va con D. Fernando á la ventana.*)

ESCENA III.

Dichos. D. PLACIDO *en la puerta del fondo.*

RAFAELA. (*A D. Plácido impidiéndole la entrada.*) ¡No se puede pasar!

PLACIDO. (*Queriendo asomar la cabeza.*) ¿Por qué, muchacha?

RAFAELA. (*Empujándole hácia afuera.*) ¡No mire V.!

(*Vase D. Fernando por la ventana.*)

PLACIDO. ¿Pero qué diablos?...

RAFAELA. (*Pasando á la galería y dirigiéndose á D. Plácido en tono confidencial.*) Vaya, se lo diré á V. ¡La señorita Cármen está abrochándose el vestido!...

PLACIDO. ¡Yo no reparo!...

RAFAELA. ¿Se puede ya, señorita?

CARMEN. ¡Sí!

RAFAELA. Entre V.

(*Hace una cortesía á D. Plácido y vase por la izquierda del fondo.*)

ESCENA IV.

D. PLACIDO. CARMEN.

PLACIDO. (¡Pamemas!)
CARMEN. ¿Era V.?
PLACIDO. Buenas noches, niña.
CARMEN. ¿Viene V. solo? ¿Y Manuel?
PLACIDO. Abajo quedó cerrando puertas y dando instrucciones á Alfonso. ¿Y tu hermana?
CARMEN. No ha querido salir de su cuarto. Pero Manuel en el campo, ¿qué ha hecho?
PLACIDO. ¿Qué quieres tú que haya hecho? ¡Rabiar! ¿Pero qué hace Carlota ahí metida?
CARMEN. ¿Qué quiere V. que haga? ¡Llorar!
PLACIDO. ¡Válgate Dios!...
CARMEN. Dígame V., Señor D. Placido, ¿no viene Manuel mas tranquilo?
PLACIDO. Sí, lo que es ahora....
CARMEN. (*Con alegría.*) ¡Ah?.
PLACIDO. ¡Trae en el rostro la espresion de una calma.... terríble!
CARMEN. ¡Eso es peor! ¡No me atreveré á hablarle!
PLACIDO. ¡Hola! ¿Tenias algo mas que decirle!
CARMEN. Sí señor, porque ha de saber V. que yo soy quien le ha puesto en pugna con D. Fernando.
PLACIDO. Cierto que has contribuido bastante....
CARMEN. ¿Lo sabia V.?
PLACIDO. Sí, hija mia.
CARMEN. Pero yo estaba en un error, del cual he salido por fortuna, y quiero que Manuel sepa la verdad.
PLACIDO. ¿Error dices? ¡Mira no estés ahora en el mas craso!...
CARMEN. ¡No señor! ¡No señor! Me consta que si D. Fernando pasó por abrazar á Rafaela, fué porque ella le exigió este sacrificio para dar celos á Alfonso, que se distrae demasiado con las zagalas. ¡Créame V., Señor D. Plácido, no hubo malicia!
PLACIDO. Pero ¿qué tiene que ver nada de eso con la desesperacion de mi sobrino?
CARMEN. ¡Cómo! ¿Ignora V. que se puso frenético cuando le conté el caso por encima?
PLACIDO. ¡Luego en toda tu acusacion te referias al desliz de la fámula!
CARMEN. ¿Pues qué entendió Manuel? ¿A quién ofendí, á quién perjudiqué sin saberlo?

PLACIDO. A nadie, Carmencita, porque tu declaracion estuvo de sobra. Antes y despues de hablar contigo Manuel ha recogido datos luminosos y muy suficientes. En fin, me alegro de que no sepas esta vergonzosa historia.

CARMEN. ¿Con que no era lo que yo pensaba?

PLACIDO. ¡Ni por asomos! ¿Y tú querias embocarle á Manuel esa relacion? ¡Jesus! ¡Jesus!

CARMEN. Me volveria la espalda.

PLACIDO. Al contrario: ¡te enseñaría los dientes! ¡Se pondria furioso! ¡Cogería el cielo con las manos!

CARMEN. ¿De veras?

PLACIDO. ¡Toma! ¡Para esos cuentecitos está el muchacho! ¡Digo! Si supiera que el otro... ¡Ahí es nada! ¡Desde la estameña hasta el tisú..! ¡Líbrenos Dios de que tal entienda!

CARMEN. ¡Ay, señor D. Plácido!

PLACIDO. Ya estaba yo informado de esa trapisonda que me has referido; pero Manuel no sabe nada, y me guardaré muy bien de ponerle en autos. ¡Yo no sé quién os sopla al oido semejantes ocurrencias! ¡Por fuerza teneis aquí un diablo familiar..!

CARMEN. He desistido de mi propósito.

PLACIDO. ¡Lástima fuera..!

CARMEN. ¿Hablar á Manuel..? ¡No me siento con valor ni para mirarle á la cara!

PLACIDO. Pues ya me parece que sube.

CARMEN. ¡Me voy, me voy! (*Se encamina á la izquierda, y vuelve de pronto.* ¡Procure V. calmarle!

PLACIDO. Te lo prometo.

CARMEN. ¡Si V. pudiese lograr que estuviera en su sano juicio al amanecer..!

PLACIDO. ¡Y antes!

CARMEN. ¡Eso me consuela! Adios, tio.

PLACIDO. Adios, niña.

(*Váse Cármen por la puerta primera de la izquierda.*)

ESCENA V.

D. MANUEL, *por la derecha del fondo.* D. PLACIDO. *El primero al entrar en la escena, dirige á su alrededor una mirada recelosa y sombría. Baja con lentitud al proscenio, y se sienta en el confidente. Trae el rostro pálido; el cabello y el trage con algun desaliño. Don Plácido le contempla con espresion compasiva.*

MANUEL. ¿Con quién hablaba V.?
PLACIDO. Con Carmencita.
MANUEL. (*Pesaroso.*) ¡Huye de mí!
PLACIDO. (*Acercándose poco á poco á D. Manuel.*) Se fué por consejo mio.
MANUEL. ¿Teme V. que yo..?
PLACIDO. ¡Nada de eso! Pero la simple iba á darte un mal rato...
MANUEL. ¿Ella?
PLACIDO. Queria contarte... ¡Pues! De aquel sugeto...
MANUEL. ¿Qué?
PLACIDO. Otra gracia, otro primor.
MANUEL. ¿Y V. se opuso?
PLACIDO. Claro está.
MANUEL. ¿Por qué razon?
PLACIDO. ¿Hijo mio, no te parece que sabes ya demasiado?
MANUEL. ¡Cierto! (*Pausa.*)
PLACIDO. ¡No, mi tarea no es floja, que digamos! Imponer silencio aquí. Parar allí un golpe. Así, y todo, no siempre doy abasto. ¡Si yo pudiera multiplicarme..!
MANUEL. (*Estrechando una mano á su tio.*) ¡Gracias!
PLACIDO. (*Conmovido.*) ¡Ea! *Separándole el cabello de la frente, con ademan cariñoso.*) ¿Cómo te sientes, hijo?
MANUEL. Enteramente dueño de mi corazon.
PLACIDO. Pues lo dicho. Tú necesitas esparcir el ánimo. Olvidarlo todo... ¡Viajar! ¡Con qué mañana, á caballo?
MANUEL. ¿Mañana?
PLACIDO. ¿Temes acaso que vuelva aquí el amigote?
MANUEL. ¡Nada temo!
PLACIDO. ¿Volver ese danzante? ¡Buenas trazas tenia de volver! ¡A Pekin habrá llegado en el primer resuello!
MANUEL. Trataremos del viaje, despues de mi conferencia con Carlota.
PLACIDO. ¡Cuidado!

Manuel. ¡Oh..! Ya he dicho á V. que soy dueño de mi corazon.
Placido. Pues esta tarde...
Manuel. ¡Esta tarde hubiera ejecutado una venganza! ¡Por eso me apresuré á salir de este recinto! Esta noche no haré mas que dictar una sentencia.
Placido. ¡Pero, hijo!
Manuel. No me replique V. Voy á llamar á Carlota. (*Va á la puerta del fondo.*
Placido. (¡Siento un escozor..!)
Manuel. (*Llamando.*) ¿Rafaela? (*Vuelve al proscenio.*)

ESCENA VI.

Dichos. Rafaela, *por la izquierda de la galería del fondo.*

Rafaela. Mándeme V.
Manuel. Dí á tu señora que aquí la espero. (*Baja Rafaela al proscenio, se acerca á D. Manuel, y le presenta una mano en actitud de pedirle alguna cosa.*) ¿Qué quieres?
Rafaela. (*Señalando á la puerta segunda de la izquierda.*) ¿He de entrar?
Manuel. Sí.
Rafaela. Pues déme V. la llave.
Manuel. (Ah..!) ¿Me la pides á mí?
Rafaela. Creí que V...
Manuel. (*Sacando con disimulo la llave de un bolsillo.*) (¡Torpeza como la mia..!) ¡Has creido mal! ¡Tú la habrás dejado caer..! Vaya, ¿qué haces que no la buscas?
Rafaela. Voy, señor. (*Empieza á registrar los muebles.*)
Manuel. (*Yendo á dejar la llave sobre el velador, y notando que D. Plácido le mira.*) ¡Busque V., tio!
Placido. (*Encogiéndose de hombros y volviendo la espalda.*) ¿Yo qué sé..?
(*Pone D. Manuel la llave sobre el velador.*)
Rafaela. (*Observando la accion de D. Manuel.*) (¡Ah..!) (*Se aparta D. Manuel del velador, y Rafaela se acerca á este mueble.*)
Manuel. ¿No parece?
Rafaela. (*Tomando la llave.*) ¡Aquí está!
Manuel. ¿Lo ves? ¡Anda!
(*Rafaela abre la puerta segunda de la izquierda y váse por la misma.*)
Placido. ¡Que no dure mucho la entrevista..!
Manuel. Déjeme V.

PLACIDO. Voy á arreglar la maleta para el viaje. (*Váse por la puerta de la derecha.*)

ESCENA VII.

MANUEL. *Luego* CARLOTA, *por la puerta segunda de la izquierda.*

MANUEL. (*Sentándose junto al velador.*) ¡Apuremos las heces...!

CARLOTA. (*Entrando y dirigiéndose á la derecha con mal humor.*) ¡Por fin se ha dignado V. recibirme! ¡Ya era tiempo!

MANUEL. (*Volviéndose de cara á su mujer.*) ¿Carlota?

CARLOTA. (*Mirándole fijamente.*) ¡Dios mio, qué semblante...! ¡Oh, tú sigues enfermo! (*Se acerca á D. Manuel.*) ¿Qué tienes?

MANUEL. Nada.

CARLOTA. (*Cogiéndole una mano.*) ¡Dime, por Dios, qué tienes!

MANUEL. (*Rechazando á Carlota con aspereza.*) ¡Ea, quita!

CARLOTA. Manuel, he procurado ante todo informarme de tu salud; mas si esto te enoja, empezaré por pedirte razon de tu conducta.

MANUEL. (*Levantándose indignado.*) ¿Tú á mí...? (*Conteniéndose.*) Carlota, has venido aquí para responderme, no para preguntarme.

CARLOTA. ¿Y qué significa ese tono? ¿Qué severidad es la tuya? ¿Qué ha pasado en esta casa?

MANUEL. Acabo de decirte...

CARLOTA. ¡Repítelo cien veces...! Nada conseguirás. Necesito que me espliques la desaparicion de Fernando, el asombro de tu tio, y la causa del accidente que muy luego te dejó como sin vida. ¡Oh! ¡Qué terrible recuerdo...! ¡Cada instante me pareció un siglo hasta que abriste los ojos! ¡Mas tú al verme fluctuando entre el temor y la esperanza, con el alma en los labios, á tí mis brazos tendidos, en vez de refugiarte en ellos, huiste de mí y te encerraste en aquel aposento! (*Puerta de la derecha.*) Poco despues diste órden á los criados para que sacasen de nuestras habitaciones y trasladasen á las de D. Plácido, tus ropas, papeles...

MANUEL. ¡Y mis armas tambien! Pero todas han desaparecido; y, segun presumo, tú no ignoras su paradero.

CARLOTA. No lo sé.

MANUEL. ¿No lo sabes ó me lo ocultas?

CARLOTA. Lo que tú quieras.

MANUEL. Bien está.

CARLOTA. En fin, Manuel; te ruego que no prolongues mas esta incertidumbre, esta agonía. Si te duele confesar que me ofendiste sin razon, echa toda la culpa al vértigo que has padecido. Yo aceptaré la esplicacion que quieras darme, porque el amor verdadero se inclina siempre á la indulgencia.

MANUEL. ¡Ah...! ¿Tú me perdonas, tú me indultas? ¡No me queda mas que oir!

CARLOTA. ¿Vuelves á tus furores? ¿Será imposible que nos entendamos?

MANUEL. Nos entenderemos, Carlota; ¡yo te lo juro! Voy á complacerte, para que en ningun tiempo me acuses de arrebatado y violento. ¿Quieres que disimule mi indignacion? Yo la guardaré en mi pecho. ¿Quieres que domine mis fieros dolores? No exhalaré un ¡ay! siquiera. ¿Pretendes que olvide lo que sé, lo que he visto? Procuraré olvidarlo. Mírame ya tranquilo... impasible... ¡Dispuesto solo á ejecutar la sentencia, que tú misma vas á dictar, Carlota!

CARLOTA. No adivino...

MANUEL. (*Llevándola de la mano al confidente.*) Siéntate aquí.

CARLOTA. ¿Y tú?

MANUEL. Como siempre, á tu lado. (*Toma asiento junto á Carlota.*)

CARLOTA. Esplícate ya.

MANUEL. Al momento. ¿Ves este papel?

CARLOTA. (*Mirando el que Manuel le presenta.*) ¡Ah!

MANUEL. ¿Lo reconoces?

CARLOTA. Sí: es un pedazo de la carta, que D. Fernando me dió para Cármen.

MANUEL. ¿Para Cármen?

CARLOTA. Pues ¿para quién..? ¡Ah! ¡Lo veo todo! ¡Tú has imaginado.. (*Cúbrese el rostro con las manos.*) ¡Ay, desventurada!

MANUEL. Tú lo dices.

CARLOTA. (*Llorando.*) ¡De mí tan infame sospecha! ¡Manuel, Manuel..! ¡Me has traspasado el corazon!

MANUEL. Te quejas sin motivo.

CARLOTA. ¡Qué bien lo comprendo ahora todo!

MANUEL. No te he negado todavía que este papel haya sido escrito á tu hermana. ¿Te afirmas en ello?

CARLOTA. ¡Oh, sí!

MANUEL. Esta mitad inferior de la carta termina con el nombre de Fernando: supongo que los renglones, que yo no he visto, comenzarán con el de Cármen.

CARLOTA. Sí, Manuel. Lo recuerdo: « Adorada Cármen ». Asi comienza el billete.

MANUEL. ¿Y para caer á tus plantas confundido, será mucho exigir que me presentes esos renglones?

Carlota. No los tengo...

Manuel. ¡Ah! ¿Con que no los tienes?

Carlota. ¡Pero vendrá á sacarte de tu error mi hermana! Ella rompió el billete: esto es lo único que me ha dicho, ocultándome la razon que tuvo para romperlo. Mas cuando sepa que de sus esplicaciones pende tu tranquilidad y mi honor, no dudo que... (*Va á levantarse.*)

Manuel. (*Oponiéndose al intento de Carlota.*) ¿A dónde vas?

Carlota. ¡A llamar á Cármen!

Manuel. ¡No te molestes, Carlota!

Carlota. ¿Por qué?

Manuel. Porque sé todo lo que me dirá esa niña.

Carlota. ¿Podrá desmentirme?

Manuel. ¡Al contrario! Sostendrá que D. Fernando la adora. ¿No es esto?

Carlota. Sí.

Manuel. Que le ha declarado su amor en esta carta.

Carlota. Sí.

Manuel. Que tú misma se la diste de parte de D. Fernando.

Carlota. Sí.

Manuel. Que el nombre de ella estaba en la primera línea, de lo que se acuerda muy bien por haber leido la carta cien veces.

Carlota. ¡Sí, sí!

Manuel. Que luego la rompió inadvertidamente, ó por un motivo insignificante.

Carlota. ¡Dirá todo eso!

Manuel. Pues á todo eso le contestaré yo con una mirada incrédula y compasiva, volviéndome en seguida á V. para decirle: ¡Señora, la otra mitad de este billete, que tenía V. en su tocador!

Carlota. (*Levantándose asombrada.*) ¡Manuel, tú desvarías..! ¿Qué razon puedes alegar para no dar crédito á mi hermana?

Manuel. ¡La de habérselo dado esta tarde!

Carlota ¿Esta tarde?

Manuel. ¡Sí, señora! ¡Antes de que V. pudiese prevenirla..! ¡Antes de que V. la enseñara á mentir!

Carlota. ¿Qué estás diciendo?

Manuel. Entonces brotó de su pecho la verdad, y yo la apuré en sus lábios. ¡Ahora que V. ha convertido en cenagoso estanque aquella fuente purísima, en vano pretende que apague alli mi sed.

Carlota. ¿Pero Cármen, qué te ha revelado?

Manuel. ¡Eh! ¡no perdamos mas tiempo..¡ ¡Pronto, señora; la otra mitad de esta carta!

Carlota. (*Desesperada.*) ¡Oh, Dios mio! ¡Dios mio..! ¡Esto es un lazo abominable!

Manuel. ¡Carlota!

Carlota. ¿Qué te ha dicho Cármen..? En nombre del cielo, ¿qué te ha dicho? (*Asiendo fuertemente á D. Manuel.*) ¡No he de separarme de tí hasta saber qué te ha dicho Cármen!

Manuel. ¿No ha adivinado V. ya que Cármen es su acusadora?

Carlota. (*Retrocediendo espantada.*) Ah..!! ¿Mi hermana..? ¡Imposible! ¡Imposible! ¡Ella vendrá á decirte que mientes! (*Se dirige á la izquierda.*)

Manuel. (*Sujetando á Carlota.*) Es inútil, señora.

Carlota. ¡Quiero verla..! (*Zafándose.*) ¡Quiero verla! ¡Nos han calumniado, hermana mia!

(*Váse corriendo por la puerta primera de la izquierda.*)

ESCENA VII.

D. Manuel, *Luego*, Alfonso.

Manuel. ¡Qué obstinacion..! ¡Y qué arrogancia! Me ha dejado sorprendido. (*Pausa.*) ¿Tiene el crímen esa mirada? ¿Tiene ese acento? ¡Oh! ¡nuevas confusiones..!

Alfonso. (*Asomando la cabeza por la derecha de la puerta del fondo.*) ¿Está solo su merced?

Manuel. (*Volviendo la cara atrás.*) ¿No lo ves? ¿Qué hay?

Alfonso. (*Entrando.*) Pues con su permiso, venía á contarle una cosa...

Manuel. No estoy para cuentos. Vete.

Alfonso. Señor, óigame su merced, y despues retuérzame el pescuezo.

Manuel. ¡Yo!

Alfonso. Como esta mañana.

Manuel. ¡Y siempre que traigas chismes!

Alfonso. ¡Serán chismes, pero su merced echó al militar por la puerta!

Manuel. ¿Qué sabes tú..?

Alfonso. ¡Serán chismes, pero el militar se cuela por las ventanas!

Manuel. ¿Aquí D. Fernando? (¡Esto mas, Señor..!) Mira lo que dices!

Alfonso. La verdad.

Manuel. ¡Alfonso..!

Alfonso. ¡Por estas! (*Cruza sus manos, y las besa.*)

Manuel. (¡Oh..!) ¿Y cómo has podido averiguar..?

Alfonso. Le diré á su merced; hace poco rato tuve que subir al pajar, y no encontré la escalera en su sitio. Busca por aquí... Busca por allí... ¡Dónde vine á hallarla! Arrimada á

esa pared, y sirviéndole á un hombre para bajar despacio y quedito de ese boquete.

MANUEL. ¿De este mismo?

ALFONSO. Tenga su merced el gusto de verla.

MANUEL. (*Asomándose precipitadamente á la ventana.*) Si, aquí está..! ¡Aquí está! (Y yo, necio, que empecé á dudar..!) Prosigue, Alfonso.

ALFONSO. ¡Tan luego como mi hombre bajó el último peldaño, fué á quitar la escalera; pero no pudo, porque sintió el ruido, que yo hice, abalanzándome... hacia atrás!

MANUEL. ¡Cobarde!

ALFONSO. No he concluido, mi amo! Decia que el compadre de la escalera oyó ruido, y agachando las orejas empezó á escurrirse por entre las matas. ¡Llegó á dónde daba la luna, y le conocí perfectísimamente. ¡Era D. Fernando! Figúrese su merced la rabia, que me daria, al pensar que mientras yo anduve por fuera.

MANUEL. ¡Qué diablo..! Suprime las reflexiónes. ¡Al hecho.

ALFONSO. Entonces apreté los dientes y dije: ¡aquí te quiero escopeta! ¡Eché mano y le apunté..!

MANUEL. Pues no ha sonado el tiro.

ALFONSO. No tiene nada de particular que su merced no lo haya oido, porque... no he tirado.

MANUEL. ¿Quién te impidió acabar con ese salteador?

ALFONSO. Ha de saber su merced que esta tarde ha desaparecido mi escopeta.

MANUEL. ¡Oh! ¡tus armas tambien..! ¡Lo sabia, Alfonso, lo sabia!

ALFONSO. Cuando uno está furioso echa mano á lo primero que encuentra.

MANUEL. ¿Y lo primero que tú encontraste..?

ALFONSO. Fué una caña.

MANUEL. (*Dándole un empellon.*) ¡Imbécil!

ALFONSO. ¡Pues yo le aseguro á su merced, que si como era caña hubiese sido cañon. !

MANUEL. ¡Márchate pronto! ¡No quiero saber que le dejaste escapar! (*Le vuelve la espalda.*)

ALFONSO. ¿Escapar? ¡Bonito soy yo!

MANUEL. ¡Qué..! ¿Lograste al fin..? ¡Esplícate de una vez!

ALFONSO. Pues, como digo, D. Fernando tomó por todo lo largo de la huerta, y yo me fuí detras de él, paso, pasito... ¡y siempre apuntándole! (*D. Manuel hace un movimiento de impaciencia.*) Cuando llegó al cabo de la tapia vieja, creí que iba á saltarla; pero no señor! Lo que hizo fue torcer á esta mano, y dando una carrerilla por detras de los camuesos se metió en el almacen grande.

MANUEL. ¡Allí..! Acaba, ¿qué hiciste tú?

ALFONSO. Yo me tumbé en un sulco panza abajo, y arrastrándo-

me como una culebra, llegué á la puerta del almacen. Pegué un salto, trinqué la aldaba y di dos vueltas á la llave.

Manuel. ¡Bravo, Alfonso!

Alfonso. Aquí la tiene su merced.

Manuel. (*Tomando la llave que saca Alfonso.*) ¡Dame! (*Poniéndole una mano en un hombro.*) ¡Parece que tienes inteligencia!

Alfonso. ¿Dice su merced que me vaya?

Manuel. No, espera. (*Se dirige á la izquierda mirando la llave.*) (El cielo favorece mi venganza..! ¡Ya era tiempo!) *Toma asiento junto al velador, y se pone á escribir.*)

Alfonso. Señor, lo que yo quiero es que su merced le dé un susto gordo á D. Fernando, para que no vuelva á meter su hoz en mies ajena.

Manuel. ¡ Silencio! (*Sigue escribiendo, dobla luego el papel y le pone un sobre.*) Te encargué al subir que me ensillaras el caballo. ¿Lo has hecho?

Alfonso. Alborotado está con los arreos encima.

Manuel. Bien. (*Concluye de escribir y se levanta.*) Toma esta carta, en amaneciendo se la darás á tu señora. El resto de la noche lo pasarás en la galería. (*Alfonso toma el papel y va á retirarse, pero D. Manuel le detiene cogiéndole un brazo.*) Suceda lo que suceda, oigas lo que oigas, no te moverás de allí, ni entregarás ese papel hasta que amanezca. ¿Entiendes?

Alfonso. Sí, señor.

Manuel. Anda á tu puesto.

(*Váse Alfonso por la izquierda de la puerta del fondo.*)

ESCENA VIII.

D. Manuel.

¡Le tengo en mi poder; y vive Dios, que ahora no se me ha de escapar como la vez pasada! ¡Fuera de toda ley está el bandido que asalta de noche una alquería; y sin embargo voy á darle un arma para que se defienda...! (*Recordando.*) ¡Un arma...! ¿Y dónde la hallaré? ¡Las mias, las suyas, las de Alfonso, todas han sido soterradas ó destruidas por esa mujer pérfida y astuta! ¡Oh, mis pistolas...! ¡Necesito mis pistolas en este instante! (*Se encamina hácia la izquierda.*) ¡Veremos si se atreve á negármelas Carlota...! (*Parándose.*) ¡Ya se ha atrevido! En vano pretendo que me dé armas para matar á su amante. ¡Primero se dejaria ella hacer pedazos!

(Anda desatentado por la escena.) Si no he de poder castigar á ese hombre inícuo; ¿para qué le ha puesto en mis manos la Providencia?

ESCENA IX.

DICHOS. D. PLACIDO, *por la puerta de la derecha.*

PLACIDO. ¿Tuvo ya efecto la comparecencia de Carlota?

MANUEL. ¡Ah...! Sí, señor. (*Va sin cesar de una parte á otra, y D. Plácido le sigue siempre.*

PLACIDO. ¿Cuál ha sido el resultado? ¿A que lo adivino? Tú que sí, ella que no; tú que es claro, ella que es turbio; muchos reniegos tú, muchos suspiros ella; y un noramala los dos. ¿Fué así?

MANUEL. Asi fué.

PLACIDO. Por manera que tendrás hechos los preparativos del viaje.

MANUEL. No todos...

PLACIDO. ¿Los quieres para mañana?

MANUEL. ¡Para esta noche!

PLACIDO. ¡Mejor que mejor! ¿Te has convencido ya de que D. Fernando no ha pensado volver aquí ni en estampa?

MANUEL. (*Parándose un momento y mirando á su tio con lástima.*) ¡Me he convencido!

PLACIDO. Lo celebro. En fin, la ausencia lo cura todo, y á la vuelta de quince ó veinte años te encontrarás á tu mujer enteramente cambiada.

MANUEL. Tal creo.

PLACIDO. Pero, Manuel; ¿tienes azogue en el cuerpo? ¡Me estás marcando! ¿Qué quieres? ¿Qué buscas?

MANUEL. (*Parándose delante de su tio.*) Busco... ¡Quiero unas pistolas!

PLACIDO. ¡Alabo tu resolucion! ¡Por estos caminos suele haber rateros...!

MANUEL. ¡Sí, señor!

PLACIDO. Y hombre prevenido nunca fué vencido. Así, pues, si no encuentras tus pistolas, yo te daré las mias.

MANUEL. ¿V...? ¿Será posible? ¿Con que V. trae?.... ¡Oh dicha!

PLACIDO. En mis viajes siempre me acompañan metidas en un calcetin y encerradas en la maleta, porque si se ocurre en un instante....

MANUEL. ¡Vengan al momento!

PLACIDO. Disponiendo ahora mi equipaje para la marcha, he tropezado con ellas.
MANUEL. ¡Qué fortuna! *(Empujando á su tio.)* ¡Tráigamelas V.!!
PLACIDO. En seguida.
(Vase por la puerta de la derecha. D. Manuel le acompaña hasta la misma puerta.)
MANUEL. *(Mirando hácia la habitacion donde está Carlota.)* La justicia no podia carecer de armas!
PLACIDO. *(Volviendo á salir y entregando un par de pistolas á su sobrino.)* Aquí las tienes.
MANUEL. ¡Ah! ¡Gracias, tio!
PLACIDO. ¡Bah! no hay de qué. Te advierto que están descargadas, porque yo no las uso de otro modo.
MANUEL. No importa, abajo tengo municiones. Quede V. con Dios.
PLACIDO. *(Deteniéndole.)* Mira que en cuanto lo tengas todo prevenido has de subir á avisarme, porque quiero que caminemos júntos hasta Andújar.
MANUEL. Descuide V.... ¡No puedo detenerme ahora!
PLACIDO. Hasta luego.
(Vase por la puerta de la derecha.)
MANUEL. ¡Llegó el momento de abandonar esta quinta para siempre, dejando al salir huellas de sangre! *(Enterneciéndose.)* ¡Qué despedida!... *(Se dirige involuntariamente á la puerta primera de la izquierda, y antes de llegar se para de improviso y se lleva la mano cerrada al pecho, oprimiéndose el corazon.)* ¿A dónde vas? *(Vuelve atrás y vase apresuradamente por la derecha de la puerta del fondo.)*

ESCENA X.

CARLOTA *y* CARMEN, *por la puerta primera de la izquierda.*

CARLOTA. ¡Anda, Cármen, anda por Dios!
CARMEN. Por tu gusto salgo, que no por el mio.
CARLOTA. ¡Es indispensable que le digas todo eso á Manuel, que se lo cuentes todo como á mí me lo has contado! ¡De manera que caiga confundido ante el poder irresistible de la verdad!
CARMEN. ¿Cuándo se ha visto infamia semejante? ¡Suponer, hermana mia, que tú!... ¡No podré repetirlo! ¡Tal horror se apodera de mi alma! ¡Y buscas al que huye de tí, solicitas al que te afrenta!... ¡Eh! ¡No le mires á la cara hasta que venga de rodillas á pedirte perdon!
CARLOTA. ¿Pero cómo quieres que aguarde impasible la hora de

su arrepentimiento, cuando me está anunciando el corazon que este error funesto puede de un momento á otro ocasionar una espantosa desgracia?

CARLOTA. ¡Ah! ¡Es cierto!

CARMEN.. ¡Si vuelven á encontrarse los dos!...

CARMEN. Carlota mia, haré todo lo que tú me mandes: ¡Busquemos á Manuel!

CARLOTA. ¡Sin dilacion!

CARMEN. Por aquí no está.

CARLOTA. ¿Habrá salido otra vez?

CARMEN. Los criados deben saberlo. (*Va á la puerta segunda de la izquierda.*) ¿Rafaela? (*Pasa á la puerta del fondo.*) ¿Alfonso?

CARLOTA. ¡Nadie responde!

ESCENA XI.

DICHAS. RAFAELA, *por la puerta segunda de la izquierda.*

RAFAELA. ¿Era á mí, señorita?

CARLOTA. ¿Sabes dónde está tu amo?

RAFAELA. Aquí estaba hace una hora.

CARLOTA. ¡Qué noticia! ¿Y tu marido?

RAFAELA. De mi marido no sé pelo ni hueso.

CARMEN. ¡Pues corre en su busca!

RAFAELA. (*Con mal humor.*) ¿Yo he de ir..?

CARLOTA. Haz lo que se te manda.

RAFAELA. (*En la puerta del fondo.*) ¿Alfonso? (*Pasa á la galeria.*) Digo, ¡dónde se ha tumbado!

CARLOTA. ¿Está ahí?

RAFAELA. Durmiendo sobre el santo suelo: y roncando, que se las pela! ¡Alfonso..! ¡Alfonso..! ¡Nada: ni á puntillones! ¡Eh, Alfonso, despabílate, que ya es de dia! (*Volviendo al proscenio.*) ¡Gracias á Dios!

CARMEN. ¿Viene?

RAFAELA. Porque le he dicho que es de dia; que ¡si no..!

ESCENA XII.

Dichas. Alfonso, *por la izquierda de la puerta del fondo, restregándose los ojos, y bostezando.*

Alfonso. ¿Dónde está la señora?
Carlota. Ven acá.
Alfonso. Lea su merced esa carta del amo... (*Da á Carlota la que escribió D. Manuel.*) Se entiende, ¡si ya es de dia! Si no, guárdela su merced para cuando amanezca. (*Vase á la puerta del fondo, y se pone á mirar al cielo.*)
Carlota. ¿Carta á mí?
Carmen. ¡A ver, hermana mia!
Carlota. (*Rompiendo el sobre.*) ¡Yo tiemblo..! (*Lee.*) «Carlota, »cuando abras este papel, me hallaré muy lejos de ti...» ¡Gran Dios..! «¡Muy lejos..!» ¡Ah, Manuel..! ¡Qué ceguedad tan funesta..!
Carmen. ¡No es posible! (*Quítale la carta á su hermana.*)
Rafaela. (*A Cármen.*) ¿Se va el amo?
Carlota. ¡Muy lejos..! No importa: ¡el cielo me dará fuerzas para alcanzarle!
Carmen. (*Deteniendo á Carlota.*) ¡Leamos hasta el fin..! «Res- »catada me llevo mi honra: te dejo mi hacienda y mi per- »don. Adios para siempre.» (*Abrazando á su hermana.*) ¡Ah, Carlota mia! ¡Este es el premio de tus virtudes..?
Rafaela. (*Llorando.*) ¡Pobre señora!
Carlota. Calla, Rafaela... Ahoga tu dolor, hermana... ¡No perdamos tiempo! Alfonso, ¿dónde ha ido tu amo?
Alfonso. (*Bajando al proscenio.*) ¡Ahí cerca...! (*Mirando de reojo á su mujer.*) A un recado mio.
Carmen. ¿Qué estás diciendo?
Alfonso. ¡No hay mas! Fué de mi parte á ver á D. Fernando.
Carlota. ¿A ver á D. Fernando...? ¡Ay, desventurada!
Carmen. ¡Hermana mia, salgamos en busca de los dos!
Carlota. ¡Al momento!
(*Se dirigen ambas á la puerta del fondo.*)
Alfonso. ¿A dónde van sus mercedes, si el amo cerró la reja del patio?
(*Carlota y Cármen vuelven aterradas al proscenio.*)
Carmen. ¿Dices que cerró...?
Carlota. ¡No hay esperanza!
Rafaela. (*A Alfonso.*) ¿Con que tú, badulaque, has enviado al amo en busca de D. Fernando?

ALFONSO. ¡Yo, sí señora...! ¡Yo!
(*Vuelve la espalda á Rafaela, y se asoma á la ventana.*)

CARLOTA. ¡Aquí, hermana mia; aquí encerradas moriremos de desesperacion!

CARMEN. ¡No te abandones á un dolor tan extremado! ¿Puedes imaginar siquiera que Manuel tropiece con D. Fernando á estas horas?

CARLOTA. ¡Ah, qué recuerdo! (*Llamando.*) ¿Alfonso?

ALFONSO. (*Quitándose de la ventana.*) ¡Mi ama...!

CARLOTA. ¿Cuando se dispuso D. Manuel á salir en busca de D. Fernando, te pidió armas, ó las llevaba consigo?

ALFONSO. ¡Nada de eso! ¡Si aquí no tratamos de matar á D. Fernando...! Basta y sobra con echarle de casa para que no vuelva á hacerle arrumacos á mi mujer..

CARLOTA. ¿Qué estás diciendo..?

CARMEN. Lo que yo te he contado, Carlota.

RAFAELA. (*A Alfonso.*) ¿Y quién te ha dicho que tu mujer se deja hacer arrumacos de nadie?

ALFONSO. ¡D. Plácido!

RAFAELA. Pues no es de esa manera.

CARMEN. ¡No por cierto!

RAFAELA. Yo soy quien ha dado bromas á D. Fernando, para que vea mi marido que no le conviene hacer carantoñas á las zagalas.

ALFONSO. ¿Y quién te ha dicho que tu marido hace carantoñas á nadie?

RAFAELA. ¡D. Plácido!

ALFONSO. ¿Pues cuándo me ha visto hacerlas?

RAFAELA. Ayer mañana, al entrar en casa por primera vez.

ALFONSO. ¿Pero dónde tiene los ojos mi señor D. Plácido? ¡Si quien hablaba entonces conmigo era la tia Cernícala, la recovera de Iznajar, que tiene cuatro duros y una peseta de años!

RAFAELA. ¡Ay, Alfonso!

ALFONSO. (*En tono de reconvencion.*) ¡Ay, Rafaela...!

CARMEN. ¿Ves esto, hermana? Pues aquí tienes el orígen de todos nuestros disgustos. ¡Ojalá se lo hubiera yo esplicado á Manuel esta noche!

CARLOTA. ¿Y quién te impidió hacerlo?

CARMEN. ¡D. Plácido!

CARLOTA. Con que es decir que D. Plácido, con su símbolo de paz (*Señalando al ramo de oliva*), ha venido á turbar la nuestra, conduciéndonos al borde de un precipicio! ¡Ya lo sospechaba yo!

ALFONSO. ¡Ay, mi ama! Si yo hubiera sabido toda esta farándula hace una hora... Créalo su merced: me habria dejado cortar el brazo, antes que dar al amo la llave.

CARLOTA. ¿Qué llave...? Acabad de referirme todas mis desventuras! ¿Qué llave es esa?

ALFONSO. ¡Toma! la del almacen grande, donde encerré á don Fernando.

CARLOTA. (*Llevándose asombrada las manos á la cabeza.*) ¡Jesus!

RAFAELA. ¡Buena la has hecho!

CARMEN. (*Levantando las manos cruzadas.*) ¡Ay, Carlota...!

CARLOTA. ¡Dios mio, solo esto me faltaba que saber!

ESCENA XIII.

DICHOS. D. PLACIDO, *por la puerta de la derecha.*

PLACIDO. Mucho tarda Manuel en avisarme...

CARLOTA. ¡Ah, señor D. Plácido!

PLACIDO. ¿VV. por aquí?

CARLOTA. (*Con ironía amarga.*) ¡Ya puede V. cantar victoria!

PLACIDO. ¿Con qué motivo?

CARMEN. ¡Lo sabemos todo!

PLACIDO. Eso es decir que mi sobrino les ha anunciado á VV. su partida. ¡Sufrimiento, Carlota; resignacion! Estas son las consecuencias...

CARLOTA. ¡De sus consejos de V.! ¡Sí, porque V. ha espuesto á mi marido á la muerte!

PLACIDO. Respeto tu dolor.

CARLOTA. ¿Y todavía quién sabe si habrá encontrado armas?

PLACIDO. En esa parte puedes vivir descuidada.

CARLOTA. (*Con esperanza.*) ¡No las encontró! ¿Verdad?

PLACIDO. Al contrario.

(*Carlota, fuera de sí, agarra á D. Plácido de la mano izquierda: Cármen le coge la derecha. Rafaela pasa al lado de Carlota, y Alfonso se acerca á Cármen.*)

CARLOTA. ¿Qué ha dicho V.?

CARMEN. ¿Cómo es eso?

CARLOTA. ¿Manuel llevó armas?

PLACIDO. Tranquilícense VV. Yo le he dado mis pistolas.

(*Carlota, Cármen, Rafaela y Alfonso huyen de D. Plácido lanzando un grito de terror. La primera cae sin sentido en los brazos de Rafaela.*)

PLACIDO. ¡Pero, señor!

CARMEN. ¡Qué mónstruo!

RAFAELA. ¡Qué asesino!

Alfonso. ¡Qué verdugo!
Placido. ¿Quién? ¿Dónde?
Carmen. (*Dando á D. Plácido la carta de D. Manuel.*) ¿No bastaba esto?
(*Cármen y Alfonso acuden á socorrer á Carlota.*)
Placido. (*Con la carta en la mano.*) ¿Y qué es esto? (*Leyendo.*) «Carlota, cuando abras este papel, estaré muy lejos de »ti.» ¡Se ha marchado sin avisarme...! ¡Qué cabeza! Le alcanzaré en un trote. Alfonso, ensilla mi jaca. Voy por el equipaje... ¡Ah! en mi maleta debo tener un pomo de sales. De camino lo traeré para que vuelva de su desmayo la infeliz Carlota.
(*Vase por la puerta de la derecha.*)

ESCENA XIV.

Carlota. Rafaela. Carmen. Alfonso.

Carmen. ¡Hermana mia!
Rafaela. ¡Ya vuelve en sí!
Carmen. Corre, Alfonso. ¡Deten el brazo de tu amo! Si la reja está cerrada, da voces... ó salta por un balcon.
Alfonso. Daré voces.
(*Váse por la derecha de la puerta del fondo.*)

ESCENA XV.

Carlota. Carmen. Rafaela.

Carlota. (*Suspirando.*) ¡Ay!
Carmen. ¡Carlota!
Carlota. ¿Qué ha sido esto...? ¡Manuel... Fernando...! (*Acordándose de todo.*) ¡Ah! ¡Voy al jardin! (*Pugna por desasirse de los brazos de Rafaela y Cármen.*) ¡Dejadme!
Carmen. ¡No hermana! ¿Qué podemos hacer nosotras? Alfonso ha ido á ver si consigue forzar la reja.
Carlota. ¡Ya es tarde!
Carmen. ¡Pongamos nuestra confianza en Dios!

ESCENA XVI.

DICHAS. ALFONSO, *por la derecha de la puerta del fondo.*

ALFONSO. (*Saltando de júbilo.*) ¡Viva, viva..!
CARLOTA. ¡Alfonso!
CÁRMEN. ¡Esplícate!
ALFONSO. ¡Ahí estan!
CARLOTA. ¿Ellos?
ALFONSO. ¡Abrazados vienen como dos hermanos y corriendo como dos corzos!
RAFAELA. ¿Será cierto?
ALFONSO. Desde ese pretil los he visto.
CARLOTA. ¡Madre de Dios..! ¡Yo no me atrevo á creer tanta felicidad!
CÁRMEN. ¡Sí, Carlota!)
ALFONSO. Han abierto la reja del patio, y yo voy á ensillarle al viejo su animalucho para que se largue y nos deje en paz!
RAFAELA. ¡Corre!
ALFONSO. (*En la galería del fondo.*) ¡Cátalos aquí! (*Vase por la derecha.*)
CARLOTA. ¡Vamos..! (*Se dirige con Cármen y Rafaela á la puerta del fondo.*)

ESCENA XVII.

DICHAS. D. FERNANDO *y* D. MANUEL, *que entran por la derecha de la puerta del fondo, asidos de las manos.*

CARLOTA.
CÁRMEN. ¡Ah..!!
RAFAELA.
MANUEL. ¡Carlota!
CARLOTA. ¡Esposo mio!
(*Se juntan enmedio de la escena, y D. Manuel se arrodilla delante de Carlota.*)
MANUEL. ¡Mírame á tus pies avergonzado!
CARLOTA. (*Dándole sus manos.*) ¡Levanta..!
MANUEL. ¡No, Carlota..! ¡He sido un miserable..! ¡Aquí aguardo mi sentencia!

CARLOTA. Si te perdoné cuando me ofendias, ¿cómo he de castigarte cuando me desagravias? *(Levantándole.)* ¡Ven á mis brazos!

MANUEL. ¡Eres un ángel! *(Se abrazan.)*

FERNAND. ¿Ha sufrido V. mucho, Carmencita?

CARMEN. ¡Buen susto nos han dado VV.! *(Bajan los cinco al proscenio.)*

CARLOTA. ¡Si todo parece un sueño..! Un sueño horrible y tenaz, ahuyentado al fin por la misericordia divina!

MANUEL. ¡Tú lo has dicho! ¡La ocasion, el punto y la manera en que he descubierto la verdad, han sido providenciales!

FERNAND. ¡Ciertamente!

CARLOTA. ¡Cuéntanos el suceso, para que su memoria quede grabada en nuestros corazones!

CARMEN. Sí, Manuel.

MANUEL. Ya sabeis que abandoné esta mansion querida, saliendo de aquí precipitadamente y en un estado, que renuncio á describiros: mas apenas hube pisado el húmedo césped del jardin, cuando los resplandores de la luna, el silencio de la noche y la frescura del aire, de tal manera me impresionaron, que empezó á calmarse la efervescencia de mi pecho, brotando en él nuevas y consoladoras esperanzas! Seguia yo, no obstante, mi camino, sin notar que, entre las hojas secas de las flores arrastradas por el viento, se movia un objeto blanco y muy leve. A pesar mio comenzaron mis ojos á perseguirle con alguna curiosidad; porque, en tanto que las hojas quedaban incrustadas en mis huellas, aquel objeto iba siempre delante de mí revoloteando. Causóme mas estrañeza todavía, cuando al llegar á un recodo del arriate tomó la vuelta precediéndome, y continuó saltando por la menuda arena. Yo entonces bajé la mano, y me apoderé de mi tenaz guia, que era un trozo de papel. Observé que contenia algunos renglones, y reconociendo la letra de Fernando, me puse á descifrarlos con avidez. El primero decía así; «Adorada Cármen...»

CARLOTA. ¡Ah!

MANUEL. ¡Mudo de asombro saqué el pedazo de carta, que cogí de tu tocador, puse en contacto los papeles por el borde rasgado, y viendo su perfecto ajuste lancé un grito salvaje de alegría, levanté los ojos al cielo, y luego caí en tierra, dando con la frente en el polvo!

FERNAND. Figúrense VV. mi alegría al recibirle poco despues en mis brazos! Inmediatamente resolvimos poner término á la angustiosa situacion de toda la familia; y corriendo por el jardin me esplicó Manuel su conducta, le conté yo lo que V., Carmencita, me ha referido esta noche, y vinimos ambos en conocimiento de esta trama infernal.

MANUEL. ¡Sí: he adquirido la certidumbre de que vosotras, mi fiel amigo, mis pobres criados y yo, yo el primero, hemos sido juguete de un hombre astuto, de un hombre infame, que habita bajo estos techos!

RAFAELA. ¡Sí señor: D. Plácido!

CARLOTA. ¡Calla!

MANUEL. ¡Deja que le nombre, deja que le execre todo el mundo! Cuando yo le vea... ¡Dios me tenga de su mano!

CARLOTA. ¡D. Plácido es mas digno de lástima que de aborrecimiento!

MANUEL. ¡Qué sabes tú!

CARLOTA. Le conozco muy bien: D. Plácido labra la desdicha de sus semejantes, creyendo que los colma de beneficios; porque tiene pervertido el entendimiento, no el corazon.

MANUEL. ¡Válgale su intercesora; pero váyase de aquí, para no volver mas! Cuando estemos libres de su presencia, doble será nuestra dicha, concediendo á mi querido Fernando la joya que me ha pedido.

FERNAND. ¡Sí, la mano de mi idolatrada Cármen!

CARLOTA. ¡Yo se la otorgo con júbilo!

MANUEL. (*A D. Fernando.*) ¡Tuya es!

CARMEN. Ya lo oye V. (*Da la mano á su amante.*)

FERNAND. ¡Qué felicidad! Así que celebremos nuestra boda, nos vamos á Madrid.

CARMEN. ¡Dejar yo á mi hermana...!

CARLOTA. ¡D. Fernando!

MANUEL. ¡Separarse de nosotros...! ¿Por qué?

FERNAND. Bien quisiera vivir á tu lado, pero...

MANUEL. Esplícate.

FERNAND. Interrumpida una vez nuestra amistad, temo...

MANUEL. ¡No digas mas! ¿Piensas que abrigo en mi corazon alguna sospecha...? ¡Qué mal me juzgas! Fernando, abraza á mi mujer.

(*D. Fernando y Carlota estrechan las manos de D. Manuel.*)

ESCENA XVIII.

DICHOS. D. PLACIDO, *por la puerta de la derecha, con maleta y alforjas.*

PLACIDO. Pues, señor, no encuentro el pomo de las sales... ¡Mas qué veo...!

MANUEL. (*A D. Fernando.*) Abrázala; sois hermanos.

FERNAND. (*Abrazando á Carlota.*) ¡Ese título me envanece!

PLACIDO. *(Cogiendo á D. Manuel de un brazo, y señalandole el grupo que forman Carlota y D. Fernando.)* ¡En tus barbas!
MANUEL. *(Furioso.)* ¡Señor tio, ó señor Lucifer...!

(Carlota, Cármen y D. Fernando contienen y aplacan á D. Manuel.)

CARLOTA. ¡Manuel, me has dado tu palabra!
PLACIDO. ¿Insultos, amenazas á mí?
CARMEN. Huya V. de estos malvados, y no se meta en mas averiguaciones.
PLACIDO. ¿Malvados les dices...?
CARLOTA. ¿No soy yo una mujer perjura?
RAFAELA. ¿Y yo una muchacha desvergonzada?
FERNAND. ¿Y yo un envenenador?
PLACIDO. Todo es cierto, mas sin embargo...
MANUEL. *(En ademan de acometer á D. Plácido.)* ¿Cómo que es cierto?
FERNAND. *(Deteniendo á su amigo.)* ¡Manuel!
PLACIDO. ¡Qué trasformacion!
CARLOTA. *(Sacando el ramo de oliva del jarron donde estaba colocado, y poniéndolo en manos de D. Plácido.)* Señor don Plácido, la oliva es símbolo de paz; pero hay manos tan desventuradas, que hasta del árbol de Minerva forjan puñales. Devuelvo á V. el que nos ha regalado, que no es por cierto de los menos agudos.
PLACIDO. ¡Lo comprendo todo! ¡Habeis hecho las paces, y sacrificais á vuestro pacificador!
FERNAND. ¿V. supone..?
PLACIDO. ¡Oh! esto me sucede con harta frecuencia, y nunca me quejo: porque yo hago el bien desinteresadamente. ¡Decid cuanto querais..! Que reinaba entre vosotros la mas perfecta concordia... Que por culpa mia ha estado á punto de ocurrir una desgracia irreparable... Que yo he sido la serpiente de este paraiso... ¡Decid todo eso, y mucho mas! ¡Cubridme de abominaciones! ¡No me importa, hijos mios, no me importa! Sois ya venturosos: ¡hé ahí mi deseo, mi obra y mi recompensa! ¡Adios!
MANUEL. *(Cogiendo á su tio de un brazo.)* ¡Venga V. acá! ¡No quiero que se vaya V. creyendo á pié juntillas las patrañas que ha soñado! Para que no levante V. mas caramillos, sepa que D. Fernando se casa...
PLACIDO. *(Interrumpiéndole asombrado.)* ¿En vida tuya?
MANUEL. *(Soltando á D. Plácido, y volviéndole la espalda.)* ¡Este hombre es incorregible!

(D. Fernando, Carlota, Cármen y Rafaela se rien á carcajadas.)

PLACIDO. ¿A qué viene esa risa?

Carlota. Ya se lo diremos por escrito ; porque de palabra no hay medio de averiguarse con V.
Placido. ¿Con que soy yo intratable?
Fernand. Señor D. Plácido , lo dicho , dicho.

ESCENA XIX.

Dichos. Alfonso , *por la derecha de la puerta del fondo. Comienza á amanecer.*

Alfonso. Y la jaca á la puerta.
Placido. Me alegro. (*Despidiéndose.*) ¡Sed felices , á pesar de todo! Vamos á montar.
(*Vase por la derecha del fondo.*)
Alfonso. Y yo á tener el estribo.
(*Váse detrás de D. Plácido,*)
Rafaela. Y yo á darle las bridas.
(*Váse detrás de Alfonso.*)
Manuel. Y vosotras , dulces prendas de mi corazon , venid conmigo á saludar en el jardin la aurora de este dia, rindiendo gracias á la Providencia por habernos enseñado, con el ejemplo de mi tio, que los ruines pensamientos nunca enjendran acciones honradas.

FIN.